

# José Francos Rodríguez

Sobre periodismo

*Edición e introducción:*

**Bernardino M. Hernando**



**APM**

ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID

*Fundada en 1895*

*José*  
**Francos Rodríguez**

---



*José*  
**Francos Rodríguez**

---

**Sobre periodismo**

Edición a cargo de  
**Bernardino M. Hernando**



**APM**

ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID

*Fundada en 1895*

*Nota del editor:* Los textos del discurso y del prólogo de José Francos Rodríguez se han transcrito respetando la gramática de la época.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

© De la edición: **Asociación de la Prensa de Madrid**

De los textos: **Bernardino M. Hernando**

De las fotografías: **Fondo Alfonso del Archivo General de la Administración (AGA)**

Junio 2007

Recopilación: **Bernardino M. Hernando**

Edición de textos: **SdhS**

Diseño y maquetación: **Santiago Díaz-H Sepúlveda**

Cubierta: **Zaíd** 

Edición no venal

Depósito legal: M-28348-2007

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.

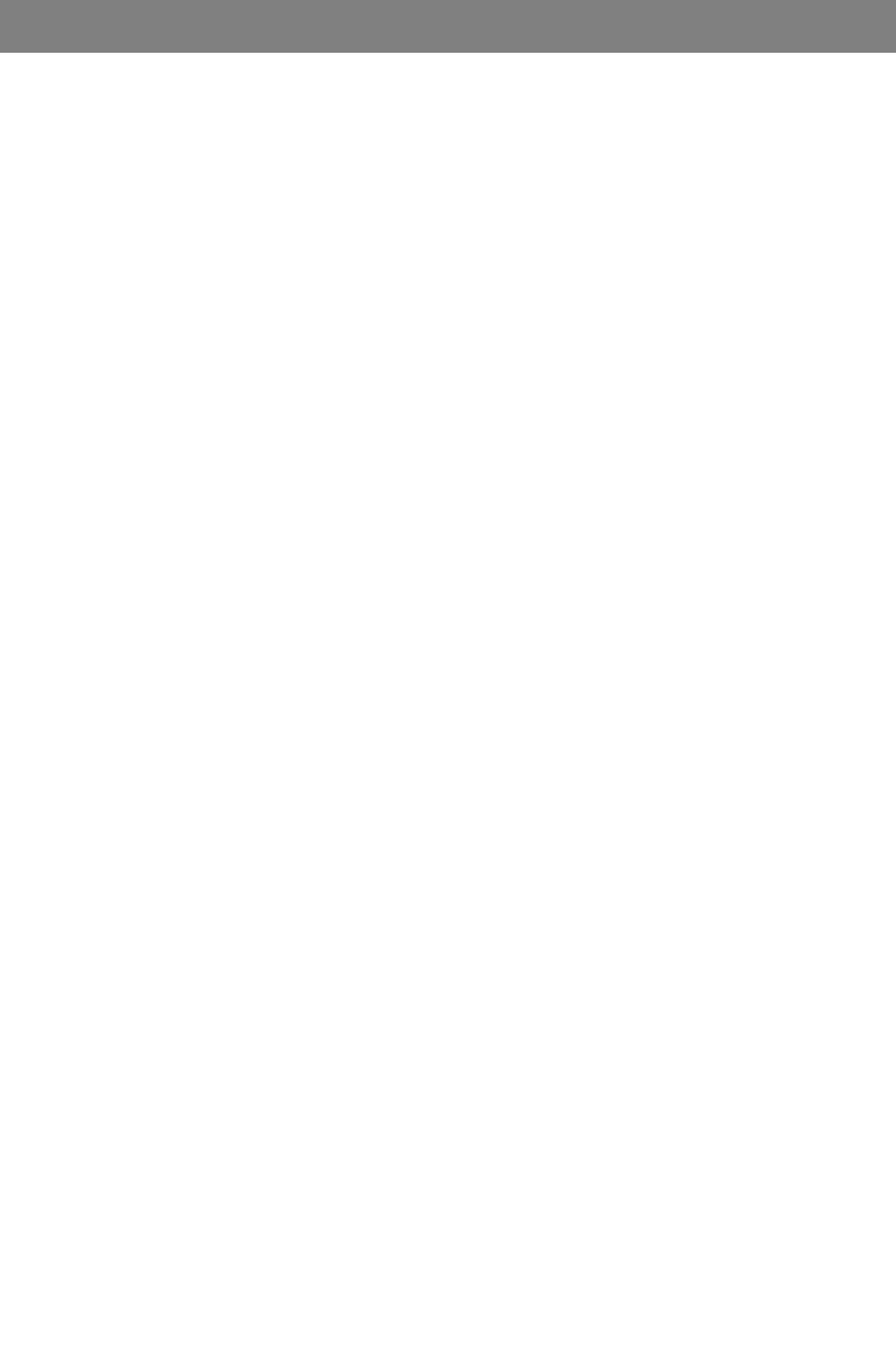
Impreso en España • *Printed in Spain*

Presentación **7**

Introducción **11**

Discurso de José Francos Rodríguez  
ante la Real Academia Española  
el 16 de noviembre de 1924 **29**

Prólogo de José Francos Rodríguez al libro de  
Manuel Graña González **63**



## **Un presidente que dejó huella**

EL PROYECTO EDITORIAL que pusimos en marcha hace un par de años tenía entre sus objetivos recuperar la memoria de la APM y del periodismo madrileño. El eje central de ese trabajo es la historia de la Asociación, de la que ya hemos publicado el tomo correspondiente al primer medio siglo, de 1895 a 1950. En breve saldrá el segundo, que comprende el período 1951- 1979, y más adelante, bajo el mandato de otra Junta directiva, el relato de los últimos treinta años, la historia de la APM en la democracia, con sus ausencias, silencios o distancias respecto a cuanto ocurría en la profesión.

Pero además de la historia ordenada, conviene atender las historias parciales, las de los personajes clave de cada período. José Francos Rodríguez es uno de estos personajes: presidió la APM durante los años veinte, una compleja década para los españoles, que sintieron y padecieron el agotamiento de la Restauración de Cánovas y el florecimiento en Europa de fórmulas autoritarias de todo signo, que pronto hicieron nido en España. Aquella Restauración, que pudo traer y consolidar la democracia en la sociedad española, no consiguió dar el salto a la modernidad, la atraparon los inmovilistas.

Aquellas fórmulas autoritarias de los años veinte tropezaron inmediatamente con los periodistas, tan necesitados de libertad como los pájaros del aire o los peces del agua. El buen periodismo se cultiva y madura en la democracia, no puede ser de otra forma. Y a Francos Rodríguez le tocó lidiar con aquellos polvos y lodos, con Canalejas y Romanones, que fueron sus jefes políticos, y con el general Primo de Rivera y la dictadura que encabezó tras un golpe de estado.

Con Francos Rodríguez la APM alcanzó la mayoría de edad, construyó su sede social en la plaza de Callao y se topó con la dictadura, preámbulo de lo que llegaría más tarde y durante demasiado tiempo. Francos murió en julio de 1931, en vísperas de cumplir 70 años y de conocer turbulencias y desastres que le hubiera gustado evitar.

Este libro que publicamos coincide con la entrega de los tradicionales premios periodísticos de la APM, premios que Francos Rodríguez imaginó, pero no consiguió poner en marcha... premios que llevan el nombre de varios de los presidentes de la APM, pero en los que falta aún el de Francos Rodríguez. La actual junta directiva todavía no ha aceptado la propuesta que planteé hace un par de años de ampliar la nómina de premios con uno denominado "Francos Rodríguez". Espero que la lectura de esta obra, que ha preparado con su rigor habitual Bernardino M. Hernando, anime a la directiva a sumar ese nuevo premio con el nombre de quien fue presidente perpetuo de la APM desde 1925.

Confío también en que la próxima junta ratifique la iniciativa de buscar nuestras raíces y que encargue pronto las biografías de periodistas tan destacados como Miguel Moya, Javier Bueno y Rodríguez Santamaría, entre otros. La de Alfredo Vicente está en fase de redacción, de manera que bien pudiera publicarse en 2008.

Los jóvenes periodistas que están entrando a borbotones en la profesión tienen derecho a conocer la historia y las vicisitudes de quienes les precedieron.

FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA  
Presidente de la APM





## **Francos Rodríguez, el presidente de la APM\***

### ***Quizá, el presidente por antonomasia...***

MIGUEL MOYA, rodeado de respeto y admiración general, aunque no unánime<sup>1</sup>, lo fue durante 25 años (1895-1920). Francos Rodríguez sólo lo fue durante 11 años (1920-1931), pero la transcendencia de este periodo, sus dificultades y logros, la personalidad política y literaria de Francos, así como sus cargos y presencia social, hacen de él, quizá, el presidente por antonomasia. Sobre todo si tenemos en cuenta su influencia en la Asociación de la Prensa de Madrid (APM), donde ingresó en 1896 con el número de orden 294. En junio de 1897 fue elegido miembro de la Junta Directiva y enseguida ocupó el muy importante cargo de tesorero<sup>2</sup>. Se puede decir que Francos influyó de modo decisivo en la APM desde 1897 hasta su muerte, en 1931. Treinta y cuatro años de influencia son tiempo suficiente para justificar aquella frase de que Francos Rodríguez es quizá el presidente de la APM por antonomasia. Habría que calibrar igualmente qué grado de influencia le confería su temprana adscripción a la Masonería<sup>3</sup>.

El carácter más bien bondadoso y paternal de Francos Rodríguez, junto a la preeminencia que disfrutaba entre sus compañeros, pudieron llevarle alguna vez a un cierto caciquismo, como cuando en nombre de

---

\* Texto tomado del libro de próxima aparición *La corona de laurel. Periodistas en la Real Academia Española*. Tratamos de Francos Rodríguez como escritor, político y académico. Sobre sus actividades en la APM puede consultarse el libro de Víctor Olmos, *La Casa de los periodistas. Asociación de la Prensa de Madrid 1895-1950*, vol. I, APM, Madrid, 2006.

12 la Junta Directiva, pero sin contar con ella, propuso oficialmente (1927) para el Premio Nobel al novelista y académico (y antiguo periodista), **Armando Palacio Valdés**, que además era tío carnal del secretario de la APM, **Eduardo Palacio-Valdés y Fernández de Córdoba**. Lo indudable, no obstante, es el enorme grado de identificación entre la APM y Francos Rodríguez, como puede constatarse por las numerosas y encendidas referencias a su persona y liderazgo en las actas de las juntas directivas y generales. Aunque haya que matizar estas referencias y tener en cuenta la hinchazón retórica del lenguaje, tan común en la época, y la difícilmente evitable untuosidad de ciertos redactores de actas, el peso de respeto y admiración por Francos Rodríguez parece grande y sincero<sup>4</sup>.

Francos Rodríguez no sólo practicó el periodismo, también reflexionó sobre él: su discurso de ingreso en la Academia (1924), sus textos sobre *Navarro, periodista* (1905), *Castelar, periodista* (1923), *Valera y el periodismo* (1924) y el prólogo al libro de **Manuel Graña**, *La Escuela de periodismo. Programas y métodos* (1930) son pruebas de esa reflexión imprescindible si se quiere evitar que el periodismo sea práctica rutinaria.

Para tener una visión global del afanadísimo **D. José Francos Rodríguez** (1862-1931), lo mejor es empezar ofreciendo la abrumadora lista cronológica de sus cargos y quehaceres, de sus dedicaciones y honores, que es preciso integrar en lo que él mismo llamó, en su discurso de ingreso en la Academia, “mis constantes devociones por la Prensa”<sup>5</sup>. Devociones tan intensas que, en sus últimos días, los pocos ratos en los que recuperaba la consciencia, mostraba su obsesión por los periódicos (*El Debate*, Madrid, 14-7-1931, pp. 14-15). **César González Ruano** pudo escribir en su necrológica (*Heraldo de Madrid*, 13-6-1931, p. 16):

*Este hombre ha nacido entre periódicos. Ha muerto entre periódicos. ¿Qué era él mismo sino un periódico en el que su corazón hacía de artículo de fondo?*

En el prólogo al libro de Graña, dice Francos Rodríguez:

*Llevo cerca de cincuenta años rindiéndoles [a los periódicos] devoción, y, por lo menos, habrá de reconocerse la perseverancia empleada por mí en el culto que proclamo. No sólo constituye lo fundamental de mi vida, sino también el fervor no interrumpido capaz de absorber mis actividades, en ocasiones limitadas por achaques físicos, pero siempre esclarecidas por el entusiasmo.*

Devoción, fervor, culto, entusiasmo. Con esta terminología religiosa se refería Francos a su dedicación periodística, aunque él había dejado bien clara, en el discurso de la Academia, su absoluta descreencia en el

periodismo como una especie de “sacerdocio”. Su entusiasmo periodístico pervivió bajo la abrumadora carga de sus muchísimos cargos.

## **Cargos de Francos Rodríguez**

LISTA COMENTADA DE SUS CARGOS:

- **Jefe de alumnos internos** en el Hospital de la Princesa (1880). Se paga los estudios de medicina trabajando profesionalmente, pero también en tareas de servicios con el Dr. Velasco (Pedro González Velasco).
- **Médico ayudante del Dr. Cortezo** (1881), pocos años mayor que él y con quien le uniría siempre gran amistad. El Dr. Cortezo, académico de la Española y vinculado al periodismo, interveniría activamente en la sección primera de la Asamblea Nacional de la dictadura de Primo de Rivera, a la que Francos renunció enseguida
- **Secretario de la Academia Medicoquirúrgica Española** (1882) y colaborador, con artículos científicos, de *El Criterio científico-literario*, *El Siglo Médico*, *La Medicina Contemporánea* y otras publicaciones médicas.
- **Estrena su primera obra dramática**, *La encubridora*, y publica su primera obra narrativa, *La novela de Urbesierva* (1887)<sup>6</sup>.
- **Médico en Hellín** (Albacete) (1891-1892) donde se casa. (“Antes de irme a Hellín había sido redactor de *El País*”, dice Francos.)
- **Vuelve a Madrid**, abandonando la profesión médica para dedicarse al periodismo y la literatura (1893). Es redactor de *El Pueblo*, *El Ideal* y *El País*, colaborador de *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Resumen*.
- **Director de *La Justicia*** (1894), órgano del partido republicano de Salmerón.
- **Concejal del Ayuntamiento de Madrid con Romanones** como alcalde, formando, con otros, la famosa “piña” opositora, aunque más tarde apoyaría a Romanones. No obstante, dimite al poco tiempo como concejal (republicano) al pasarse al partido liberal (monárquico) (1894). El cambio político de Francos quizá no fuera sino un cambio de etiqueta, manteniéndose “el ingrediente ideológico básico, el amor a la democracia”. Así lo

definiría *El Globo* en su nueva etapa, dirigida precisamente por Francos Rodríguez.

- **Miembro de la APM** con el número 294 (1896).
- **Director** de *El Globo* (1896-1902), de **Romanones** y que lo había sido de **Castelar**. Romanones intentó que siguiera siendo director quien lo era por entonces, **Alfredo Vicenti**, fundador de la APM, pero no logró convencerle y “*ante su negativa [contaría Romanones] logró el concurso de Francos Rodríguez, muy útil para mí por su matiz avanzado y por sus excepcionales condiciones, bien probadas en el curso de su larga vida periodística*”. *El Globo*, como es natural, apoyaría la política de Romanones en el Ayuntamiento de Madrid durante una difícil etapa (1897-1899).
- **Vocal de la Junta Directiva de la APM** (1897) elegido, en la Junta General ordinaria de 19-6-1897 con 89 votos; sólo tuvieron más votos otros dos vocales: 90 y 93.
- **Tesorero de la APM** (Junta Directiva), elegido interino el 13-10-1897, y el 27 de diciembre ya se le cita en las actas como “el tesorero Francos Rodríguez”, que lo será hasta 1920, cuando es elegido presidente.
- **Diputado** por el distrito de Coamo, Puerto Rico (partido democrata) (1898).
- **Cofundador de la Sociedad General de Autores** (1899).
- **Frustrado candidato a subsecretario de Instrucción Pública** con Romanones como ministro que, a última hora, se decidió por otro, lo que, sin duda, influyó en que Francos abandonara a Romanones y a su periódico *El Globo* para dirigir el periódico de **Canalejas**, al que se uniría políticamente.
- **Diputado** por Almansa (Albacete) (1901-1905).
- **Director** de *Heraldo de Madrid* (1902-1909), de **Canalejas**, con quien Francos haría su carrera política y cuya biografía escribiría en 1918. Francos desaconsejó a Canalejas que vendiera el *Heraldo* al “trust”, y cuando, a pesar de todo, lo vendió (1906) él siguió dirigiéndolo. Años más tarde, en abril de 1920, Francos fue padrino, junto al general **Primo de Rivera**, del hijo de **Miguel Moya**, director de *El Liberal*, y ya muy enfermo presidente de la APM, en su famoso duelo con **Urgoiti**.
- **Concejal** (por segunda vez) **del Ayuntamiento de Madrid** (1907).

- **Diputado** por Alicante (1907 a 1923). Fue un diputado duradero de sólida oratoria y gestión eficaz en un animado y complejo marco parlamentario.
- **Vicepresidente segundo y tercero del Congreso** (1907).
- **Director General de Comunicaciones** (1909), nombrado por **Moret** que, al mismo tiempo que presidía el Gobierno, ocupaba la cartera de Gobernación. **Francos** deja la dirección del *Heraldo* y llega al nuevo cargo lleno de planes y dispuesto a una reforma a fondo del sistema de comunicaciones.
- **Alcalde de Madrid** (1910-1912), en las presidencias de **Canalejas** y **Romanones**.
- **Gobernador civil de Barcelona** (1913), bajo la presidencia de **Romanones**.
- **Presidente del Círculo de Bellas Artes** (1915).
- **Director General de Comunicaciones** (segunda vez) (1915-1917), bajo la presidencia de **Romanones**. Su nombramiento como ministro de Instrucción Pública trunca su ambicioso proyecto de telefonía nacional.
- **Del Patronato del Museo de Arte Moderno** (presidido por **La Cierva**).
- **Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes con García Prieto** de presidente, abandonando con ello a **Romanones**. **Canalejas**, **Romanones** y **García Prieto** fueron los mentores políticos de **Francos** dentro del Partido Liberal. Este ministerio le duró a **Francos** del 20 de abril de 1917 al 11 de junio de 1917, cartera en la que sucedió al periodista **Julio Burell** mientras éste era nombrado para Gobernación: unos dos meses coincidieron ambos en el Gobierno.
- **Comisario General de Abastecimientos**, durante muy breve tiempo (1917).
- **Alcalde de Madrid**, por segunda vez, del 17 de junio de 1917 al 30 de abril de 1918.
- **Jefe**, nombrado por el Gobierno, de la **Misión extraordinaria española a Chile**, que presidió en nombre del rey el infante don **Francisco María de Baviera y Borbón**, por el cuarto centenario del Estrecho de Magallanes (abril 1920),
- **Presidente de la APM**, del 8 de junio de 1920 al 9 de junio de 1931.
- **Ministro de Gracia y Justicia** (con **Maura** de presidente), del 13 de agosto de 1921 al 8 de marzo de 1922.

- Senador vitalicio (1923).
- De la Real Academia Española (1924).
- Presidente perpetuo de la APM (1925).
- Miembro de la Asamblea Nacional (dimite enseguida) (1927).
- Consejero de Estado, como ex ministro (1928).
- Medalla de Oro del Trabajo (1930).

Añadamos como complemento final las presidencias de la Sociedad General de Autores, de la sección de Literatura del Ateneo de Madrid, de la Real Academia de Ciencias Hispanoamericanas y los honores de la Gran Cruz de Carlos III, la Legión de Honor de Francia y la Medalla del Mérito de Chile. Lo dicho, muchos, muchísimos cargos y honores que, conseguidos por el hijo de un cochero, tienen más mérito.

### ***La grandeza del conjunto***

LA GRANDEZA DE Francos Rodríguez está en el conjunto de su vida y de su obra, en la que siempre y en todo fue considerado periodista.

Sus actividades periodísticas, además de en la dirección de los periódicos indicados, se sustanciaron en sus muy abundantes colaboraciones en *ABC*, *La Esfera*, *Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo* (donde, de septiembre a noviembre de 1915, publicó una serie de crónicas sobre “España en Marruecos”, de especial influencia pública), *Mundo Gráfico*, *La Razón* (Buenos Aires), *Diario Español* (Buenos Aires). Buena parte de sus libros son colecciones de artículos publicados antes en los periódicos.

No es extraño que al ser elegido académico de la Española, sucediendo a otro periodista, **Jacinto Octavio Picón**, *La Esfera* diga:

*Pocos rostros tan españoles que España conozca y mire con tanta simpatía como la [sic] de este hombre, cuerpo y corazón de gigante, alta y clara inteligencia, espíritu generoso, abierto a todas las emociones y todas las inquietudes cerebrales, que se llama D. José Francos Rodríguez. Tiene el maestro más agudo y generosamente activo del periodismo español esa noble popularidad que sólo alcanzan las figuras que el pueblo conoce y ama, que lo sigue en todas sus evoluciones, que le estimula y aconseja, que le orienta con su opinión y le acompaña con sus pensamientos y sus ideas. Este es Francos Rodríguez, político, orador, literato, erudito y hoy académico de la Española por méritos y por justicia. Pero antes que todo y que nada, un gran periodista, maestro y espejo en esta dura profesión en que lo mejor es siempre el espíritu de sacrificio que requiere<sup>7</sup>.*

Poco tiempo después (26-1-1925) la misma revista, en la que Francos colaboraba asiduamente, hizo de su personalidad y significación pública un generoso resumen que, sin embargo, no falta a la verdad:

*[...] la Academia de la Lengua ha elegido sin contrincante alguno a José Francos Rodríguez, actual presidente de la Asociación de la Prensa, ex ministro de Instrucción Pública y de Gracia y Justicia, senador vitalicio, autor de numerosas obras literarias y orador de fogosa y rica inspiración.*

*Francos Rodríguez es una figura esencialmente popular en la literatura y en la política de nuestro tiempo. Ha alcanzado los más altos puestos en ambas disciplinas del pensamiento y de la acción. Ha sabido llevar a cuantos cargos ocupara la viva simpatía personal que le caracteriza y los amplios conocimientos que posee. Ha estado siempre al lado de cuantas manifestaciones culturales, coetáneas suyas, señalaban el renacimiento estético y científico de la época presente.*

*Francos Rodríguez es un caso ejemplar de autodidactismo. No ha ocultado nunca la humildad de su origen, por cómo ello daba al esplendor legítimo de su reputación una mayor solidez cualitativa.*

*Al ingresar en el periodismo y en la literatura no era el advenedizo indocumentado, sino el hombre de carrera seguida y terminada a costa de infinitos sacrificios, tenacidad entusiasta y talento nada vulgar.*

*Ha simultaneado la política en la que sus condiciones de estadista y de orador le proporcionaron grandes triunfos con el ejercicio de la literatura en las diversas facetas de la novela, el teatro, la crónica y la crítica periodísticas.*

*Últimamente, al ser enviado por España a América, la múltiple y bien distribuida capacidad espiritual de Francos Rodríguez, adquiriría una directriz nueva: el hispanoamericanismo. Conocedor de este magno problema de enorme trascendencia para nuestro porvenir, no será seguramente menos útil en tal respecto su actuación en la Real Academia Española que en los otros muchos de su polifacética personalidad de escritor, orador y político.*

José Francos Rodríguez fue una personalidad compleja, polifacética, cuya mayor grandeza no está, quizá, en ninguna de las muchísimas facetas que cultivó y en las que destacó, sino en su conjunto. De origen humilde, como siempre suele recordarse<sup>8</sup>, llegó muy alto por sus méritos. Nadie le regaló nada y fue mucho lo que obtuvo.

En literatura, menos poeta en verso, lo fue todo. De sus poesías juveniles nunca publicadas sólo quedan vagos recuerdos de los que se hizo eco su amigo el **Dr. Cortezo** en la contestación a su discurso de ingreso en la Academia. Fue narrador, dramaturgo y hombre de teatro por afición y dedicación como estrenista, ensayista y memorialista, y escritor

18 de artículos periodísticos, logrando una obra considerable. Sin embargo, no ocupa plaza de primera en ningún recuerdo literario del siglo xx, y apenas el rumor de los inmensos elogios que le dedicaron muchos de sus contemporáneos se deja oír en la lejanía<sup>9</sup>. Sigue vigente, en cambio, el centón de datos y opiniones que desgranó, muy periodísticamente, en sus *Memorias de un gacetillero*. Y sigue siendo citada su biografía de Canalejas.

En política, menos presidente de gobierno lo fue casi todo. Ya en 1897 pertenece, con **Núñez de Arce** y **Rafael Gasset**, a la comisión organizadora de la solemne y polémica recepción en Madrid al general **Polavieja** que vuelve triunfante de Filipinas. Triunfo que el presidente **Cánovas** trata de estorbar en vano.

Francos fue considerado por algunos, al margen de sus connivencias partidistas que le llevaron desde el republicanismo al liberalismo monárquico, como un verdadero estadista y, en cualquier caso, como político honrado y eficaz. Tanto en la alta política nacional como en la municipal madrileña, donde brilló en el intento de poner remedio a los problemas que ya empezaban a surgir en Madrid como ciudad “excesiva” (medioambiente, circulación, edificaciones, higiene, cultura...). En su mandato se iniciaron las obras de la Gran Vía, primer signo del gran Madrid.

Compatibiliza sus dedicaciones a la APM con las políticas: en agosto de 1921, siendo presidente de la APM, es nombrado ministro de Gracia y Justicia y dimite de la presidencia, pero la Junta Directiva le convence de que siga presidiendo la Asociación porque su nuevo cargo político puede beneficiar a los periodistas. No parece que a Francos le costara mucho aceptar y seguir<sup>10</sup>.

### ***Académico en horas bajas***

EN 1923, DURANTE el discurso que pronunciaba en un banquete en honor del dibujante **Tovar** tuvo un ataque de hemiplejía que le inutilizó el brazo derecho. Con gran tesón aprendió a escribir con la mano izquierda. Hasta su muerte, en julio de 1931, Francos Rodríguez vivió y trabajó con una dolorosa intensidad, con toda la intensidad que le permitían sus males. Tanto en la APM como en la Academia, para la que fue elegido en 1924, mantuvo el tipo con admirable capacidad. Son impresionantes las muchas fotografías suyas que se conservan de aquella época: rodeado de solemnes señores o de señoritas y señores menos solemnes (recuérdese su estrecha vinculación con el teatro), en reuniones y saraos, Francos

Rodríguez aparece con un rostro macilento y dolorido, en cabestrillo su mano derecha, cabestrillo de seda negra, y toda la terrible procesión de dolores por dentro.

El 19 de noviembre de 1923 queda vacante la silla D que ocupaba el periodista **Jacinto Octavio Picón**. Francos Rodríguez tiene en la Academia buenos valedores. Además de sus indudables méritos y su representatividad periodística. Son académicos de la Española sus amigos o compañeros en el periodismo, la ciencia o el teatro, Bonilla San Martín, Ricardo León, Serafín Álvarez Quintero, Manuel de Sandoval, Miguel Echegaray, José Rodríguez Carracido, Leopoldo Cano, Daniel de Cortázar, Carlos María Cortezo, Armando Palacio Valdés, Pedro de Novo y Colson, Emilio Gutiérrez-Gamero, Manuel Linares Rivas, Eugenio Sellés... Estos cuatro últimos, miembros, además, de la APM.

La hemiplejía que había sufrido Francos Rodríguez no fue obstáculo para su elección académica, como no lo era para su presidencia de la APM. Un Francos dolorido, disminuido pero con el coraje y tenacidad suficientes para cumplir, desde el mismo discurso de ingreso, el 16 de noviembre de 1924, un magnífico discurso, hasta las intervenciones académicas que le fueron requeridas<sup>11</sup>. No muchas, desde luego. Lo contrario hubiera sido irresponsable por parte de todos. Su negativa a la reforma académica propuesta por el dictador **Primo de Rivera** se equilibró con el apoyo a la candidatura de **Eugenio d'Ors** (fruto de aquella reforma), equilibrada, a su vez, con el apoyo a **Alcalá Zamora** en su polémica candidatura que, paradójicamente, sólo a la muerte de Francos triunfaría: fue su sucesor en la silla D. Francos llevó a la Academia su carácter conciliador que, a veces, fue interpretado por sus adversarios como simple pastero.

Seis años y casi ocho meses fue académico de la Española Don José Francos Rodríguez. No es la faceta más intensa y llamativa de su vida, pero la cumplió dignamente.

### ***El discurso***

**SU DISCURSO DE** ingreso en la Academia, después de la protocolaria pero emocionada y sincera referencia a Picón, su inmediato antecesor en la silla D, versa sobre *El Periódico y su desenvolvimiento en España*. Una vibrante introducción (I) al estilo de la época, pero de cuidada y hermosa redacción, trata de poner las cosas en su sitio: las cosas del periodismo en

su lugar, tan lejos de la consideración de “sacerdocio o poder de cuarto Estado” como del “desdén” que por el periodismo muestran (algunos) historiadores, literatos, científicos y artistas. Sin embargo:

*[...] unos y otros le buscan, porque difunde y multiplica la fuerza de la sociedad, proporcionando independencia a sus elementos cuando real o aparentemente constituyen criterios individuales. Sin ser sabio, sirve a la sabiduría; sin ser rico, influye en la riqueza; gobierna sin Estados y manda sin súbditos, porque con hilos invisibles teje la red que nos envuelve y pone en relación ideas, sentimientos, pasiones, intereses, cuanto forma la masa confusa y palpitante de nuestra vida. Hay quien concede al periodismo prerrogativas de historia; no lo es, pero la forma; acarrea los materiales para que la escriban con calma quienes no sienten los estremecimientos nerviosos de la actualidad. La primera que se constituye es la opinión momentánea, luego, depurada por el tiempo, la consolidan e interpretan el talento y la independencia; pero el juicio solemne no puede olvidar que tiene su raíz modesta en la noticia, y que según comparación afortunada, el periódico es como el mosto: revuelto, agitado con los tumultos de la fermentación, y la Historia, como el vino, claro, limpio y transparente... [pp. 9-10, op. cit., nota 5].*

Es inevitable recordar el concepto que Valera tenía del periodismo y que también expresó en sus discursos académicos: muy parecido, el mismo en ciertos aspectos, al que ahora recupera Francos Rodríguez.

El grueso del discurso (II-III-IV-V y VI) es una jugosa historia del periodismo español, llena de datos y reflexiones dignas de ser recuperadas. Los capitulillos VII y VIII prolongan la reflexión comenzada en el I con lo que la estructura del discurso es redonda y perfecta. El periodismo moderno (moderno en 1924) supone transformaciones técnicas y formales evidentes al lado de menos evidentes transformaciones internas que Francos desvela con bisturí médico y ciencia de periodista avezado. En cualquier consideración actual del periodismo, el discurso académico de Francos Rodríguez debería ser de obligada mención. Hasta se permite otear el por entonces lejano horizonte que hoy nos agobia de peligrosas cercanías:

*La telegrafía, con alambres y sin alambres, las comunicaciones diversas que resumen todos los acontecimientos del globo y los estampan en papel, acaso supriman el último trámite. No harán falta máquinas que tiren cientos de miles de ejemplares por hora, ni huestes de redactores, ni complicaciones de administración para distribuir los números; las ondas del espacio proporcionarán rotativa gigantesca y sutil, capaz de poner directamente en cada oído las referencias que agraden, el suceso que tema, la nueva que sobrecoja. Esto*

*matará a aquello; los rascacielos donde hoy se albergan diarios poderosos con oficinas complicadísimas y ordenamientos perfectos, busquen otro destino. La hora de la Prensa concluye para que triunfe la escrita en el aire, arrastrada por los vientos y perdida en las sonoridades del infinito. El ímpetu abreviador llegará a los mayores extremos: al de ahorrarnos la necesidad de leer. Pero tal supresión es imposible; en el periódico hay algo más que notas informativas, avisos, advertencias; el periódico tiene alma... [op. cit., p. 44].*

Contesta al discurso de Francos su amigo y colega **Carlos María Cortezo**. Tras un arranque confuso que o suena a gratuito o a demasiado realista y casi cruel (se habla de vejez, de invalidez física...) el mismo Dr. Cortezo dice que “quizás os parezca incongruente y fuera de lugar”. Confuso, desde luego. No insiste en la confusión el sabio y bueno de Don Carlos María para seguir discurseando con la alabanza de su amigo al que conoce y trata desde que Francos tenía 14 años. Aparte la historia de sus andanzas políticas, periodísticas y literarias, lo más novedoso del discurso de contestación es la narración de las andanzas poéticas juveniles de Francos de las que no ha quedado constancia publicada:

*Comenzó por ser poeta; pero verdadero poeta, es decir, fácil, sencillo, correcto y selecto autor de rimas que escribía cuando la inspiración se las dictaba... [op. cit., p. 52].*

En diciembre de 1930 “se le declaró [a Francos Rodríguez] una bronconeumonía que determinó una insuficiencia cardíaca, quedando gravemente afectado el aparato circulatorio con cuyo motivo se le presentó en el pie izquierdo una placa gangrenosa que ha sido la causa directa de su muerte” (*El Socialista*, Madrid, 14-7-1931, p. 6 y última).

Murió el 13 de julio de 1931 a las 11.30 de la mañana. Algunos recuerdos quedan de su vida y de su obra. Sobre todos, su actividad al frente de la Asociación de la Prensa de Madrid<sup>12</sup>.

<sup>1</sup> Si la Asociación de la Prensa tuviera al frente un hombre consecuente de sus deberes, estos atropellos de los periódicos por los hombres que ocupan el poder no serían posibles. Pero Moya, que está ahora con los periódicos del “trust”, ligado con Canalejas como antes con Moret, y no sólo por el Ministerio de Gasset, sino por cosas de más sustancia, no atiende más que a lo suyo. Su soberbia y sus facultades las emplea en aquello que le puede redundar algún provecho. Así escribía un airado **Santiago Matáix**, cuyo periódico *El Mundo* había sido drásticamente censurado sin que la APM saliera en su defensa, porque, a juicio de Moya y de la Junta Directiva, “no está autorizada para intervenir en cuestiones ajenas a su instituto, sino a petición de partes interesadas que pertenezcan a la colectividad” (Pedro Gómez Aparicio, *Historia del Periodismo Español*, tomo III, pp. 364-365, Editora Nacional, Madrid, 1974).

<sup>2</sup> Francos Rodríguez fue elegido tesorero, oficialmente, en 1903, pero venía ejerciendo como tal desde diciembre de 1897. Perteneía, además, a varias comisiones de actividad y gestión de la APM, gestiones de ayuda a socios, visitas al alcalde para recabar fondos, relaciones sindicales, atención al servicio médico que Francos, como médico que era, cuidaba de modo especial... Puede decirse que, casi desde su fundación, la APM contó con Francos para todo y dependió de él en muchas cosas. Hasta el final, incluso más allá de 1923 en que quedó, ya para siempre, aquejado de los efectos de la hemiplejía.

En 1908, siendo director de *Heraldo de Madrid* y tesorero de la APM, sugiere la convocatoria de una asamblea nacional de la prensa, sugerencia a la que se une, con entusiasmo, **Mariano de Cavia** en sus “Actualidades” de *El Imparcial* (25-3-1908, p. 1). Pero hasta 1922 no se llevaría a cabo tal sugerencia, potenciada entonces por la Asociación de la Prensa de Santander.

<sup>3</sup> Según Eduardo Comín Colomer (“Algo más sobre la influencia masónica en la Prensa del XIX”, en *Gaceta de la Prensa Española*, Año III, num. 27, 1-8-1944, pp. 930-934), Francos Rodríguez era un “conspicuo masón”. Su amistad y colaboración literaria con **Antonio Rodríguez García-Vao** y el periódico *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, órgano de la Masonería, marcan la temprana vinculación de Francos a la Masonería (*vid.* nota 6).

Ferrer Benimeli, José A. (coord.), *Masonería y periodismo en la España contemporánea*. Prensas Universitarias, Zaragoza, 1993.

Braojos Garrido, Alfonso (coord.), *Masonería, prensa y opinión pública en la España contemporánea*. Ayuntamiento de Sevilla, 1997.

<sup>4</sup> Baste un ejemplo:

En la Memoria de la Junta General APM correspondiente a 1925 (31-7-1925, pp. 4-5), se lee lo siguiente:

[...] nuestro venerado Presidente, gravemente enfermo, en desorden sus asuntos particulares, en aquellos angustiosos días en que todos los periodistas españoles, acompañados de la opinión nacional, pedíamos a Dios por su vida, el maestro Francos, en fin, obligaba al que esto escribe [Eduardo Palacio-Valdés, secretario] a llegar al borde de su propio lecho, encareciéndole noticias de la marcha de la sociedad, dándole instrucciones para ello, y lamentando su enfermedad, únicamente porque en aquellos

momentos decisivos para la entidad, le aprisionaba férreamente, negándole tan necesarias y precisas facultades, como las del movimiento y casi la palabra. Lo que sí respetó siempre la cruel dolencia, lo que nunca pudo herir, lo que jamás logró amortiguar, fue el amor a la Asociación de la Prensa, en particular, y a los periodistas en general.

*El nombre de Francos Rodríguez, no sólo vivirá eternamente en nuestros corazones, sino que con todo su immaculado brillo irá asociado a esa obra que perdurará tal vez siglos, como albergue espléndido, como digno hogar de los periodistas madrileños. Y yo os juro que, cuando en fugaces momentos de soberbia, que fomenta vuestro cariño hacia mí, pienso en Francos Rodríguez, el recuerdo de su labor, de su vida, de sus virtudes, de su talento, de su generosidad, de su altruismo, me vuelve a la realidad, me indica mi pequeñez, me recuerda que no soy más que un instrumento vuestro por él dirigido, y veo con toda claridad el honor que recibí con vuestro mandato, al que debo haber tratado íntimamente al maestro, para admirarle, quererle y venerarle...*

<sup>5</sup> Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez el día 16 de noviembre de 1924. Contestación del Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo. J. Morales, Impresor, Madrid, 1924 (p. 8).

<sup>6</sup> *La Encubridora*, su primera obra teatral, estuvo empapada de tragedia porque coautor de ella era **Antonio Rodríguez García-Vao**, redactor de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, semanario republicano órgano de la masonería, que fue asesinado una tarde al salir de la redacción sin que pudiera descubrirse al autor del crimen. Eran las siete de la tarde y en plena glorieta de Bilbao. Francos Rodríguez, tras unos meses de espantada impotencia, terminó y estrenó la obra y aquel estreno fue un triste homenaje al infeliz amigo que comenzaba con Francos (no se olvide la relación de éste con la masonería y su colaboración en *Las Dominicales...*) su andadura literaria.

#### **Obras de Francos Rodríguez**

**Científicas y técnicas. Ensayos. Discursos:** *Cuestiones antropológicas* (1895); *Vida postal española* (1916), folleto de artículos y discursos editado a expensas del Cuerpo de Correos y del que se hizo eco elogiosísimo **Andrenio**, en *Nuevo Mundo* de 31-3-1916; *Patología de la sífilis*; *Proyecto de telefonía nacional* (presentado al ministro de la Gobernación) (1917); *Escepticismo político de la clase obrera*; *La vida de Canalejas* (1918) (cuya publicación será saludada con enorme entusiasmo por **Ortega Munilla** en *Nuevo Mundo*, 28-7-1918); *El delito sanitario* (1920); *Higiene del comerciante*; *Las subsistencias. Carnes y demás alimentos. Sustitutivos de consumos e impuestos municipales. La salud en Madrid*; *La mujer y la política españolas* (1920); *Sobre las penas e historia y vida penitenciaria* (discurso en la apertura de los tribunales) (1921). *El periódico y su desenvolvimiento en España* (discurso de ingreso en la RAE) (1924).

**Colecciones de artículos. Crónicas:** *Sanos y enfermos: historietas* (1897); *Memorias de un gacetillero*, 5 volúmenes publicados entre 1895 y 1930, *Días de la Regencia; recuerdos de lo que fue. 1886-1889; En tiempos de Alfonso XII; Cuando el Rey era niño. 1890-1892; Contar vejezes. 1893-1897; El año de la derrota. 1898. El teatro en España* (1908); *El teatro en España* (1909). *La hora feliz: episodios de la vida teatral* (1920). *Huellas españolas: impresiones de una viaje por América* (1921).

**Narrativa:** *La novela de Urbesierva* (narraciones; su primer libro publicado) (1887); *El primer actor* (1909); *El espía* (1914); *La muñeca*; *El caballo blanco*; *Como se vive se muere*.

**Teatro.** Drama: *La encubridora* (coautor con **Antonio Rodríguez García Vao** [1887]); *Blancos y negros* (con **Félix González Llana** –F.G.LL.–) (1893); *El judío polaco*; *Los plebeyos* (con **F.G.LL.**) (1897); *El lujo* (con **F.G.LL.**) (1897); *El intruso* (con **F.G.LL.**) (1900); *Los pobres de Madrid* (con **F.G.LL.**); *El catedrático* (1904). Comedia: *De Méjico a Villacorneja* (con **F.G.LL.**) (1895) y *Varios sobrinos y un tío* (1911). Libretos de zarzuela: *El coco*; *Chispita o El barrio de Maravillas*; *El señorito* (música de **Rafael Calleja**, 1907).

**Traducciones y adaptaciones** de los dramas *El pan del pobre* (adaptación, con **F.G.LL.**); *Los tejedores*, de **Hauptmann** (1895); *Fedora* y *La Tòsca* (ambas de **Sardou**); *María Estuardo* y las comedias *Edmundo Kean* (de **Alejandro Dumas**) y *Las vírgenes locas* (de **Prévost**).

- <sup>7</sup> *Rostros españoles.* José Francos Rodríguez (pie redaccional de su retrato en dibujo de **Bernardino de Pantorba** en 2.ª portada de *La Esfera*, 567, 15-11-1924).
- <sup>8</sup> Hijo de José Francos (Franco, probablemente por error, según la partida de su primer matrimonio) y Lucía Rodríguez. José padre era cochero (un taxista de hoy) y José hijo, con gran esfuerzo económico de la familia, ingresó en el Instituto de segunda enseñanza a los 8 años. A los 12 era ya bachiller. Hizo la carrera de medicina costeándose él los estudios por medio de trabajos, como ayudante del Doctor Velasco y recadero de su casa y como practicante del hospital de la Princesa. Poco antes de los 19 años terminó la carrera de medicina y comenzó a ejercerla como ayudante del **Dr. Cortezo**, con cuya amistad se honró toda su vida y que contestó a su discurso de ingreso en la RAE (1925).

En una entrevista con **José López Pinillos** (*Parmeno*), de la APM, incluida en el libro de éste *Cómo se conquista la notoriedad* (Pueyo, Madrid, 1920, pp. 103-112), pone Francos muy especial énfasis en su origen humilde: “Lo que más me enorgullece de mi vida es la humildad de mi origen”, dice (p. 103).

El 3 de enero de 1891 se casa con **María Lucía Sánchez y Mas** en la parroquia de La Asunción de Nuestra Señora de Hellín (Albacete), pueblo natal de la novia, que tiene 27 años, y el novio, 28. Francos estaba allí destinado como médico. Se casó por segunda vez con **Asunción Navarro**, 12 años más joven que él.

Fernández Alonso, Isabel/Humanes, María Luisa: “José Francos Rodríguez, breve semblanza del periodista y del político”, en *Libro homenaje a Jose Altabella*. Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense, Madrid, 1997 (pp. 309-321).

Martín Giraldo, María Eugenia: “José Francos Rodríguez: un madrileño desconocido”, en *Ateneístas Ilustres*. Ateneo de Madrid, 2004, pp. 295-304.

- <sup>9</sup> Cuando es nombrado director de *Heraldo de Madrid* en julio de 1902, un suelto del semanario *Nuevo Mundo* (448, 9-VIII-1902) dice:

*El nuevo director del Heraldo de Madrid, Sr. Francos Rodríguez, llega a este señalado puesto del periodismo merced a los títulos conquistados por su poderosa inteligencia, constante laboriosidad e indiscutible simpatía. El talento de Francos Rodríguez se ha manifestado en toda clase de producciones literarias, pues si dirigiendo El Globo ha recibido alabanzas generales, no menores han sido los aplausos que infinidad de veces ha alcanzado en la escena. En su nuevo puesto consolidará la fama de maestro de periodistas*

*de que goza. A él llevará sus poderosas iniciativas, pues las tiene grandísimas; y su amplia cultura se manifestará en las columnas del popular periódico imprimiéndole más aún que hoy lo tiene, el sello de los periódicos modernos.*

Las dotes oratorias de Francos Rodríguez, todavía en la estela casteleriana, eran generalmente estimadas tanto en el Congreso como en los discursos florales tan de la época.

Con motivo del homenaje y coronación del poeta **Salvador Rueda** en Albacete (1908), “el diputado a Cortes e ilustre orador Sr. Francos Rodríguez, designado por la ciudad para interpretar sus sentimientos en aquel momento solemne, llenó su cometido con una elocuencia que le hizo compartir con el coronado las calurosas ovaciones de la jornada” (Nuevo Mundo, 770, 8-10-1908). El poeta Salvador Rueda dedicó el siguiente soneto a la oratoria de Francos Rodríguez:

*Cuando a la voz de tu oratoria ardiente,  
Francos insigne, verbo diamantino,  
trocaste en entusiasta torbellino  
la muchedumbre que lo grande siente  
a mí avanzó como visión riente  
blanco coro de vírgenes divino  
y de laurel un ramo peregrino  
en derredor ciñóme de la frente.*

*Tú hablaste por la patria y sus amores,  
por la ciudad que te colmó de flores,  
por mi pecho que humilde sollozaba.*

*Y al escuchar tu voz, mi fe creía  
que Dios a tu palabra descendía  
y en tus labios de fuego palpitaba.*

El soneto no es de lo mejor de Rueda, pero queda claro que la oratoria de Francos era sublime. O así se lo parecía al poeta y a los albaceteños, en uno de cuyos pueblos más importantes, Hellín, había estrenado Francos su inicial profesión médica, y por otro, Almansa, había sido diputado a Cortes.

<sup>10</sup> “[...] por su admirable talento que le había llevado a las cumbres del periodismo, y por su historia política, durante la cual había desarrollado valiosas iniciativas, había entrado ya en la envidiable clasificación de hombre de Estado...” (El Caballero Audaz en *La Esfera*, 176, 12-5-1917).

Sobre sus planes (museos y enseñanza, principalmente) como ministro de Instrucción Pública, *vid* “Francos Rodríguez en ‘Prensa Gráfica’. Lo que dice el Ministro de Instrucción Pública”, por El Caballero Audaz (*Ibidem*).

<sup>11</sup> Francos Rodríguez, José, académico de número (*Boletín de la Real Academia Española*, XI, 103); recepción académica (Ídem, XI, 648-650).

Menéndez Pidal, Ramón: “Necrología de Don José Francos Rodríguez” (Ídem, XVIII, 480-488).

<sup>12</sup> En abril de 1928, la Alcaldía de Alicante, por cuya ciudad había sido Francos diputado, decide, a petición de la Asociación de la Prensa alicantina, dedicar a

Franco Rodríguez una plaza que, “casi seguramente será la misma en que está la Casa de Correos y Telégrafos que se construyó siendo ministro el ilustre periodista. La Asociación ha acordado costear la lápida rotulando la plaza por suscripción entre los periodistas alicantinos” (*ABC*, Madrid, 29-4-1928, p. 39). En el callejero alicantino actual no figura tal dedicación. En Madrid una calle muy popular y una estación de metro, donde la APM ha decidido honrar su memoria, en fecha próxima, con una placa conmemorativa, mantienen su recuerdo. Por lo menos, mantienen el sonido de sus apellidos...





# D

## iscurso de José Francos Rodríguez ante la Real Academia Española el 16 de noviembre de 1924\*

### **Señores académicos:**

La vida de Jacinto Octavio Picón, silenciosa y trascendental, estuvo consagrada a los trabajos literarios en que fue maestro; otras inclinaciones suyas, no pasaron de tentativas fugaces, y supo invertir los días, risueños o tristes, lejos de ruidos y ambiciones, en las intimidades familiares, siempre purificadoras, y en el regazo del Arte, que si emocionando, provoca lágrimas, también enjuga las arrancadas por el duelo.

Al dejar las aulas en 1873 y sentir los primeros afanes públicos, quiso ser periodista, dedicándose a la crítica, que ejerció lucida y noblemente. Fueron muchos sus trabajos de esta clase y varios los periódicos donde se publicaron. En todos resplandecían las mismas notas: criterio independiente, cultura sólida, exposición clara, pulcra y comedida. No desamparó los intereses de la estética, pero sin agravar las penas merecidas por los yerros, acordándose de que la Justicia es hermana gemela de la Bondad, y al distribuir elogios y censuras, conforme a los casos en que intervino, no alteraron su sosiego las reclamaciones del agravio, aun tropezando, a veces, con la ingratitud o con el despecho.

Sus labores de crítico no fueron efímeras, salvándose algunas de la muerte a que los periódicos condenan, día por día, los de cada uno. De la salvación dan hermoso testimonio los *Apuntes para la historia de la caricatura*, el magnífico estudio acerca de *La vida y obras de Don Diego Velázquez*, y varias cartas publicadas en *El Imparcial* como relato de la

---

\* *Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez el día 16 de noviembre de 1924*, J. Morales, Impresor, Madrid, 1924.

Exposición parisiense de 1878. No contuvo su pericia en los términos de las artes plásticas; algo habló también de comedias y de libros, componiendo monografías de mérito, como las dedicadas a don Adelardo López de Ayala y a D. Emilio Castelar, y una Memoria acerca de lo que debe ser el drama, recibida en el Ateneo con vehementes manifestaciones de aplauso.

Contadas veces escribió de política; lo hizo siempre invocando las ideas, no las pasiones, conforme a su carácter, transigente. Por serlo, no vivió a gusto ni en el Parlamento, ni en la Prensa acalorada, viéndosele en ambos lugares, de visita, para dejar su tarjeta de partidario, con opiniones radicales bien vestidas, sin greñas ni descomposturas. Aborrecía el tumulto, amaba la dulce tranquilidad en que se sumergen las almas enamoradas del bien; tuvo el empeño continuo de pensar y crear, y como para la satisfacción de tales ansias estorba el trágico mundano, le esquivaba, no invirtiendo en sus ardientes devaneos esfuerzos reclamados por empresas eficaces.

Las de mayor alcance y a las que consagró el ingenio con que Dios quiso favorecerle, fueron sus novelas y cuentos. Las primeras, dadas a luz desde el año 1882 hasta el 1914; en más amplio transcurso, los segundos, que después de insertos por diarios y revistas, formaron libros con títulos distintos (*Novelitas, Cuentos de mi tiempo, Drama de familia*, etcétera), reunidos como tributo de los admiradores, o por estímulos editoriales.

Las obras de Picón ocupan sitio preferente en la historia literaria de España, y si no figura su nombre, estará incompleto cualquier florilegio de nuestros novelistas; no fueron muchas sus producciones, pero sí selectas, teniendo todas como tema dominante la exaltación del amor humano, eterno peregrino en busca de la felicidad. Las figuras evocadas con mayor complacencia y acierto en los libros de Picón, fueron las de mujer, y su máximo deleite el de consagrar atenciones reivindicadoras a cuantas padecen persecución por la injusticia, defendiendo con generosa pertinacia sus sentimentalismos. La que sucumbe al cerco de las necesidades e infames arterias, la sacrificada por el egoísmo, la rendida a pompas y apetitos sueltos, a su antojo, pasan por las novelas de Picón, dejando en ellas rastro de pesares o de consuelo, de dolor o de esperanza, nunca el ruín que empuja a las sublimes funciones del arte, por el camino obscuro de la tercera.

Lo mismo en los cuentos; pueblan los de Picón criaturas infelices, en quienes se ceba la desgracia, víctimas de la impiedad, del abandono mundanal; pintadas para que quienes desconocen o fingen desconocer las

desdichas, sepan de sus destrozos y en vez de atizar rencores pidan a la paz que dirima cuantas contiendas bárbaras suscita el odio.

La pluma creadora de *La hijastra del Amor* tuvo siempre simpatía por los débiles, los desamparados, aquellos a quienes amenazan, brutal o perversa, la ignorancia o la infamia, pero aparte miras trascendentales, hermosamente satisfechas, el fin supremo que la indujo fue el artístico, complaciéndose por lo mismo en dar a sus evocaciones la armonía y el encanto de la Belleza.

Su estilo fue sobrio, jamás ramplón; cuidado, no ñoño, a fuerza de retoques. Notábase en su prosa, nobleza sin empaque; elegancia sin afectaciones; era gallarda, flexible, atractiva; nunca la afearon ni tiesuras impertinentes, ni alardes ociosos. Fluyó natural, diáfana, con dejos musicales, apenas perceptibles para no incurrir en amaneramientos.

El creador de *Dulce y sabrosa*, supo vivir siempre en contacto con los idealismos; narró las vicisitudes sociales, sin complacerse en sus extravíos, y menos aún en inventarlos, estudiando las almas con el afán de infundirles aliento, no para deleitarse con su estrago, y tuvo inclinación optimista, como si respondiera a su equilibrio moral, pues a veces, quienes gozan con la exageración de los males, obedecen más al dolor de los propios, que a la fiel reproducción de los ajenos.

Las prendas excelsas de su entendimiento iban acompañadas por un corazón sano, firme y puro. Pasó por la existencia fiel a los deberes, atento a la voz que perennemente los recuerda, y cuando el infortunio le puso a prueba, las aflicciones jamás enturbiaron la corriente limpia de su carácter, hallándole la muerte asistido por las preeminencias de su categoría y por lo que vale más, el augusto reposo que acompaña a los buenos, cuando les llega la hora de ver cómo se derrumba lo transitorio y se yergue lo imperecedero.

A tal varón sucedo en esta Academia; no ambiciono reemplazarle, procuraré seguirle con el pensamiento, aunque sin las obras. Siendo distintas las calidades, sea también diversa la suerte que les alcance: para el ilustre desaparecido, tributo que corresponda a su memoria; para el que llega a vuestro recinto, apoyo generoso tal y como por serme necesario le requiero, y por ser quienes sois podéis concederle, colmando la benevolencia con que me honrasteis al elegirme.



Mis constantes devociones por la Prensa, y el afán de atenuar, amparándome en lo propio, riesgos seguros con temas ajenos, me inducen a elegir para estas páginas el *del periódico y su desenvolvimiento en España*. Confieso previamente mi disconformidad con cuantos exaltan al periodismo, asignándole atributos de sacerdocio o poder de cuarto Estado. No se halla ungido por las virtudes, ni libre de obediencia por fuerza soberana. Tampoco necesita encarecimientos postizos; le basta con su auténtica condición, no excediéndola mediante hipérbolos. Si se habla de influjos, los abarca todos, no resumiéndose en ninguno; si de prestigios, muestra los que ufanan a los mortales, evitando la tentación de apropiárseles. Compendia la actividad social; la interpreta, le da medios para expresarse y decisión para que se manifieste, y por lo mismo se le confunde a menudo con aquellos decisivos elementos, de que sólo es en verdad mensajero.

En él se reflejan contrapuestas intenciones, nacidas en una sola voluntad. Son los mismos, según las circunstancias, quienes le miman y le rehuyen, le temen y le desdeñan, le insultan y le lisonjean, le provocan y le maniatan, le ensalzan y le deprimen; los mismos son cuantos le consideran en unos trances encanto que arrebatara, y en otros realidad que paraliza la obra caprichosa de los ensueños. No tiene para qué engalanarse con atributos prestados, pues la mano empleada en la merced suele también consagrarse al despojo. No apetece la sombra del privilegio, ni se cree destinado a misiones excepcionales; no sueña con triunfos exclusivos, ni se afana por magistraturas sentenciosas; sabe que acuden a él todas las doctrinas, le invocan todas las aspiraciones, le asedian todos los apasionamientos, le solicitan todas las curiosidades, y educador práctico de la sensibilidad, encauza sus inquietudes, difundiendo ideas que, como ha dicho un escritor, vuelan con las alas de los periódicos.

Los historiadores no le incluyen en su falange, los literatos le miran con desdén, la Ciencia no le oye, las artes le tratan como a vulgo, y, sin embargo, unos y otros le buscan, porque difunde y multiplica la fuerza de la sociedad, proporcionando independencia a sus elementos cuando real o aparentemente constituyen criterios individuales. Sin ser sabio, sirve a la sabiduría; sin ser rico, influye en la riqueza; gobierna sin Estados y manda sin súbditos, porque con hilos invisibles teje la red que nos envuelve y pone en relación ideas, sentimientos, pasiones, intereses, cuanto forma la masa confusa y palpitante de nuestra vida.

Hay quien concede al periodismo prerrogativas de historia; no lo es, pero la forma; acarrea los materiales para que la escriban con calma quienes no sienten los estremecimientos nerviosos de la actualidad. La primera que se constituye es la opinión momentánea, luego, depurada por el tiempo, la consolidan e interpretan el talento y la independencia; pero el juicio solemne no puede olvidar que tiene su raíz modesta en la noticia, y que según comparación afortunada, el periódico es como el mosto: revuelto, agitado con los tumultos de la fermentación, y la Historia, como el vino, claro, limpio y transparente.

Hay en el periodismo algo que le diferencia de los demás géneros literarios: no tiene ni la substancia del discurso, ni el arrebató de la poesía, ni el plan del drama, ni el ordenamiento de la novela, ni el examen minucioso de la crítica; pero lo es todo al mismo tiempo: convence como la arenga, conmueve como los versos, subyuga como la ficción escénica, interesa como el relato novelesco y persuade como las reflexiones del juzgador. Conduce cuantas emociones nos agitan; unas veces las del pesar y otras las sonoras de la alegría; las profundas que han de perpetuarse, junto a las pasajeras que borrará el olvido; las efectivas, al lado de las inventadas, las permanentes y las transitorias; todas las que nos sacuden, inquietan y forman una especial literatura improvisada, donde si no se advierte la madurez conseguida con el reposo, se delatan las lozanías seductoras de lo espontáneo.

Diferentes son las condiciones en que se mueven el profesional de la literatura y el del periodismo. Aquél pide aislamiento y abstracción; éste vive en el desasosiego y el bullicio; el uno ambiciona definida personalidad, el otro la sepulta en las aspiraciones colectivas; uno es íntimo, otro público. Prepara el literato sus alardes con toda la parsimonia que le conviene, eligiendo instante para manifestarse, y el periodista se entrega a exigencias de la ocasión, no de su deseo; así, uno creador de sus invenciones y otro intérprete de lo que contempla, confían ambos en el arte, para inspirarse libremente el primero, y el segundo para transmitir cuanto le impresiona. El periodismo es siempre manifestación de juventud, como que cada una de sus hojas sucumbe sin conocer la plena razón y se agosta y pulveriza antes de que la barra el desengaño. No inventa, copia; no elige los temas, habla de los que le dictan; recibe, gratas o ingratas, cuantas impresiones le suministra la vida, y muchas veces sufre el enojo de quienes, en vez de execrar las torpezas, maldicen a cuantos por obligación las difunden.

Hay literatura en el periodismo; se marchita pronto, no piensa en el mañana; tiene en cada número su propio afán; no sueña con vivir, sino con que vivan quienes la soliciten. No se somete a ordenamientos y categorías; lo principal de un instante es lo secundario en el que le sigue; desprecia hoy lo que ayer apeteció. Apela a todos los recursos de que dispone el ingenio humano; es insinuante, sutil, imperativa, pero le están vedadas las premeditaciones. Tiene proceder vertiginoso; sigue el curso de las horas y se desarrolla en el espacio reducido de las veinticuatro correspondientes a cada jornada, breve mundo en que nacen, crecen, gozan, sufren, declinan y mueren los encontrados afanes de la existencia.

Cambian los representantes del periodismo, según las vicisitudes mundanas; quién le toma por oficio y quién cómodamente se limita a utilizarle unos momentos; para aquéllos es vocación, para los de más allá ventaja; éste le arrastra como cadena y aquél le aprovecha para izarse; es en muchos casos hogar, en bastantes albergue de una noche y a sus puertas llaman, no sólo la Justicia, el Derecho, la Razón y la Piedad; llaman también las pasiones, las maldades, las codicias, los empeños frívolos. El que busque feria, en él contará ganancias, si las hubiere; quien le mire como empleo noble, puede satisfacer a su espíritu, ejerciéndole, y todos, al fin, quedarán persuadidos de que mucho o poco le tuvieran alguna o bastantes veces en el pensamiento, en la voluntad o en el corazón.

Cuenta con múltiples cortesanos, pero de sobra tornadizos; sus halagos, que por lo común nacen de la esperanza o del miedo, duran poco y los quiebra la desilusión o los disipa el hastío, pues al vanidoso le falta tiempo para recordar lisonjas pretéritas, entretenido con la preparación de las futuras, a pesar de lo cual cercan al periodismo instancias universales de los de arriba y de los de abajo, de los poderosos y de los míseros, de los cegados por cuanto resplandece y de cuantos están afligidos por la necesidad; ahora bien, de ninguno aguarde recompensa, y aun recibéndola no recuse, por mala, cualquier moneda que le entreguen, pues tratándose de favores indebidamente recibidos, la ingratitud tiene sabor de justicia, y la culpa del que no los estima la absuelve el pecado de quien los otorga.



El periodismo es cosa moderna, pese a todas las conjeturas fraguadas con el fin de hallarle rancio abolengo. La curiosidad nace con los hombres, y no es, por lo mismo, extraño deducir que mediante recursos rudimentarios se supliera en otras edades, función que en la presente realiza el periódico. Pero el formado, con vida propia, es de ayer como quien dice; le anunciaron muchas veces, conatos individuales, tentativas deshechas al iniciarse. De ello dan testimonio los avisos y cartas que con intermitencias vieron, la luz durante el siglo xvi en varios países. En el nuestro también existieron, y puede certificarlo la hoja voladora de que habló Menéndez y Pelayo. Italia, en nombre de tales publicaciones, reclama el honor de haber sido cuna del periodismo y recuerda la Bula de Pío V, publicada en 1572, imponiendo graves penas a los gaceteros, lo cual revela que sin formarse el órgano, ni constituirse la función, ya se apercibía fuerza capaz de estorbarles. Alemania invoca a sus maestros de correos y las relaciones impresas que se vendían en las ferias; en París Juan Richer redactó desde 1605, el *Mercure Français*, primero de tal nombre; cierto librero de Francfort fundó un semanario en 1609, y sucesivamente fueron apareciendo otros, en Inglaterra (1619), Francia (1631), Holanda (1639), Italia (1648) y Bélgica (1643). De nosotros se ha querido hacer tabla rasa, al escribir la historia del periodismo. Se acusa de retrasado al español, diciendo: «Antes de la Revolución de 1820, sólo había en Madrid una *Gaceta* oficial, poco verídica», afirmación verdaderamente calumniosa.

España empleó con diligencia insuperable sus prensas anunciando al orbe el descubrimiento del Nuevo Mundo y la rendición de Granada. Seguramente que para cada pliego de los publicados en distintos países durante los siglos xvi y xvii, los españoles pueden exhibir varios, ya que nunca desatendimos los intereses espirituales amparados por la Imprenta, y primero que en Londres, Viena, Lisboa, Berlín y Edimburgo, se publicaron libros en Sevilla, Barcelona y Zaragoza. Tuvo Valencia la primera imprenta establecida en territorio español (1474) y dicha ciudad, como las citadas, utilizaron máquinas de imprimir antes que las extranjeras.

¿Por qué allanarnos a la infidelidad de referencias engañosas? Frecuentemente se nos tacha de pueblo remolón, que camina a la zaga del progreso, cuando nuestro mayor delito es el de nacer propensos al desvío para cuanto nos pertenece y a la exaltación desmedida de lo ajeno.

En nuestras regiones asomó el periodismo, a la vez que el registrado en las principales ciudades de la tierra, como lo acreditan entre otros, *El Diario de Barcelona*, el famoso *Brusi*, *El Correo de Aragón*, *Gaceta Curiosa* o *Semanario Granadino*, *Diario Pinciano*, *Diario de Valencia*, *Correo de Valencia*, *Diario de Murcia*, *Diario Histórico y Político*, de Sevilla, *El Semanario* de Salamanca, *Diario de Artes, Literatura y Ciencias*, de Vitoria, *El Argonauta Español* y *El Diario Gaditano*.

Entre los pueblos que primeramente tuvieron *Gaceta*, aparecen Suecia, donde se publicó en 1644, y Holanda (1656). De nosotros se dijo que íbamos en tercer lugar, siguiéndonos Londres, con la fecha de 1665; pues bien, Pérez de Guzmán en su *Bosquejo Histórico*, ha demostrado que la de Madrid empezó en 1621, y este detalle, las notas y estudios publicados e inéditos del ilustre escritor a quien acabo de citar, el libro de *Hartzembusch*, los artículos, monografías y obras completas referentes a la cuestión, revelan que sólo con desprecio de la verdad, puede afirmarse que no asistiéramos a los albores del periodismo.

Asistimos, sí; larga es la lista de nuestras publicaciones periódicas durante el siglo XVIII, adivinándose en muchas de ellas el intento de romper el cerco que las oprimía. Con los primeros periódicos españoles surgen el escrúpulo que les atisba, la desconfianza que les acompaña, la intromisión que les sujeta. Antes de permitirles la luz pública, les revisan con detenimiento, les registran con saña, y así nacen, sumadas a sus naturales flaqueza, las que engendran los temores.

Durante aquellos tiempos estremecíanse las entrañas del mundo con sacudidas revolucionarias. Todos los pueblos, antes o después, sintieron las convulsiones, y todos procuraron evitarlas, sin comprender que eran irremediables. Un siglo estuvimos extremando la policía para que el mal no nos atacara; el periódico, recién nacido, infundía suspicacias, que no justificaron sus primeros pasos, inciertos, vacilantes. Corría poco, y lo poco que corría lo empleaba en fines meticulosos. Afán por los estudios científicos, con especialidad de Medicina; afán por los libros que no podían representar riesgo, pues se expurgaban previamente; afán por la literatura exenta de temeridades, y por la filosofía libre de escalamientos a las cumbres, donde acecha el vértigo; afán por triquiñuelas, menudencias y fruslerías.

*El Diario de los literatos de España* —primero en nacer— fué uno de los que más lustre dieron a su tiempo, y bastantes ingenios, de cuantos contribuían a componerle, recataban sus nombres, considerándose la del periodismo, además de arriesgada, función subalterna, «casi mecánica»,

decía Iriarte, según refiere Cotarelo. Se menospreciaban —es verdad— las tareas del noticiero, del que llenaba los papeles, y éstos hallábanse destinados al relato de sucesos y crítica de publicaciones, estando sus escritores tan faltos de asuntos, que uno ofrecía «la suma de diez reales al que comunicase un artículo, o discurso, sobre asuntos eruditos o curiosos».

Sin embargo, muchos literatos rondaron entonces a la Prensa, dedicándole sus primores, aprovechándola también para desahogo de rencillas y malquerencias, interviniendo en sus trabajos Cadalso, Moratín, Meléndez Valdés, los Iriarte, Álvarez Cienfuegos, Álvarez Guerra, Nicasio Gallego, Badía, Clemencín, y hasta Comella, que también la impuso sus pecadoras manos. Entre los que resaltaron por tesón, perseverancia y aptitudes especiales, baste citar a don Francisco María Nifo, que brilló con diferentes nombres, fundando el primer diario y otras publicaciones hasta diez y siete, nada menos, interesantísimas, dados los tiempos, y anunciadas con términos extravagantes, como por ejemplo: «Montón de cosas buenas, mejores y medianas, útiles, graciosas y modestas, para ahuyentar el ocio sin las rigideces del trabajo, antes bien, a caricias del gusto.»

El que frecuentemente anduviesen entre publicaciones periódicas, vivas o en pretensión, médicos, matemáticos, historiadores, naturalistas y filósofos, revela que a la sazón tuvo el periodismo por principal carácter el de difundir la cultura, sin propósitos de que se estimularan en nuestras tierras escenas desarrolladas al otro lado del Pirineo, no obstante lo cual, el espíritu político saltó de vez en cuando por los papeles, ganoso de tener coyuntura para manifestarse; saltó para esconderse pronto, rehuendo amenazas y castigos.

No había entonces redacciones de periódicos; eran éstos, por lo común, obra de un solo autor, secundado a veces por un par de amigos, y no obstante, Juan Pablo Forner habló de «*turbamulta de papelistas, periodistas, discursistas y traduccionistas.*» Menudeaban las hojas en serie para la crítica de obras, relatos de costumbres o sucesos del momento, y procurábase sembrar la desconfianza entre los lectores, provocando defensas como la que hizo el P. Feijóo, «En orden a este artificio político de las gacetas —dijo—, menos padece la credulidad de España que la de otras naciones, porque estoy en la fe de que no hay gacetas más verídicas y acaso ni aun tanto como las de Madrid.» Bien que el mismo insigne benedictino, disculpando excesos posibles en la pluma de los narradores, exclamó: «¡Qué gacetas tan tristes y descarnadas tendríamos si sólo se nos diese a leer en ellas aquellas pocas especies, cuya verdad puede confiar quien la escribe!»

En suma, que nuestro periodismo en el siglo XVIII, sólo tuvo esbozos, promesas, intentos; acudieron a él escritores que se dejaron en la zarzas de la censura y los impedimentos oficiales toda la lana con que pensaban formar sus telas, y al fin quedó reducido a rasgos intermitentes, que apenas perturbaron la monotonía de la totalidad.



Seguía, al empezar el siglo XIX, confuso, desmedrado, sin rasgos concluyentes, sin substancia; remedando la forma, pero faltándole vitalidad. Son de veras periódicos cuando emocionan; si sus planas aparecen inexpresivas, no levantan en el espíritu del lector ráfagas de curiosidad, vientos de interés, tempestades de pasión, carecen del atractivo misterioso que puede infundirles aliento.

Serán los mejores periódicos, aquéllos que encuentren las palabras más adecuadas, los conceptos más impregnados de realidad, los que más fielmente retraten sucesos del mundo, para que su contemplación sirva de guía, estímulo, freno o esperanza. Quienes leen periódicos no se sustraen jamás a su influjo e intervienen en los distintos casos que examinan, siendo legisladores, jueces o gobernantes, según la naturaleza de los hechos que les han impresionado, todo por la fuerza avasalladora de la letra de molde, que al llegar al cerebro es idea; sentimiento, al tocar en el corazón, y acto ejecutivo, cuando sirve a una voluntad vigorosa. Nuestra Prensa no perdió su desmayo al cambiar el siglo, continuando los ocho primeros años del decimonono como en el anterior: sin enjundia ni brío, y claro que sin libertad. Resbalaban por ella las ideas, las escasas ideas que solían visitarla, sin permitirse la más leve licencia, sin caer en la menor desenvoltura. La operación por la cual un parecer ajeno se trueca en propio con sólo pasar desde el papel donde está escrito a los ojos que le contemplan, no tuvo grandes motivos para manifestarse en aquellos tiempos de tanteo e incertidumbre, sin sacudidas ni explosiones, que nadie podía vaticinar.

Sin embargo, la explosión llegó; fué en 1808 y en ella anduvieron mezcladas excelsitudes del patriotismo y perfidias políticas; lo más noble y lo más ruin de las luchas públicas. Las exteriorizaron los periódicos demostrando que existía ansia de recorrer regiones intelectuales, por muchos adivinadas y de poquísimas conocidas, deseo de respirar atmósferas exaltadoras, secreto afán de internarse por caminos hasta entonces vedados, de escalar cimas que la intransigencia decretó como inaccesibles.

Desde la segunda mitad del año 1808 y hasta mediar el 1814, surgieron variadísimas publicaciones periódicas, en medio de confusión extraordinaria; representando esfuerzos personales aislados, no colectivos; dijérase que todo el mundo apetecía desquite de perennes silencios; a cada momento sonaban los títulos de diarios nuevos; unos para sucumbir ape-

nas nacidos, otros para arrastrarse lánguidamente, pordioseando el favor de la multitud, resaltando en todos pasión, pero sin opiniones fundamentales, criterios serenos, actitudes que reflejaran plenitud de conciencia.

La Prensa de aquel período fué la turbulenta que le correspondía; tiempo de héroes, de rasgos, de sacrificios, no pudieron predominar en él ni estudios ni reflexiones. Hallábase en el máximo hervor de los arrebatos líricos; no exponía solemnemente doctrinas, sino que dictaba impresiones, como si fuesen órdenes, mezclando noticias con azuzamientos, ruegos con latigazos, informes con alarmas, y, sobre prosa febril, un poco incoherente, traslucíanse a menudo sutilezas del genio satírico, definidor, con remoquetes, agudezas y donaires de hombres y hechos entonces conocidísimos.

El alzamiento popular, acometido en Madrid; la sacudida que tuvo su apogeo en las Cortes de Cádiz; la guerra, que no era lucha, sino virtud; la política, en que corretearon como amantes felices el candor y la impetuosidad, nutrieron la Prensa de aquellos años, devorados estruendosamente por nuestra Historia. Entonces apareció el periódico político, lleno de arranque, de gallardía, un poco altivo, un mucho jactancioso y siempre desinteresado y acometedor. Por su esfuerzo se llenó España de papeles públicos, saltando de la penuria a la abundancia; menudearon en nuestra tierra, como si de ella brotasen, y los hubo de todos los matices, predominando el encendido. Acudían presurosos los escritores al alarde, y las hojas diarias donde mostraron impulsos patrióticos y pasiones de la política, cubríanse con sugestiva pompa literaria. Aquellos publicistas desenfadados, capaces de sorprender todos los misterios, de llamar en todas las puertas, de recurrir a todas las interrogaciones, no fueron chusma, sino gente de pulido entendimiento; artistas de vocación, inquietos, soñadores, dignos de confiar los conceptos más atrevidos, las frases más iracundas, a la noble compañía y guarda eficaz del ingenio. Tratándose de empeños dirigidos por el egoísmo, ¡qué poco propicios están los hombres de pluma para intervenir, y, en cambio, qué resueltos cuando la ilusión recoge a los capaces de secundarla! Así en España iniciaron la Prensa política oradores y poetas, no con afanes vengativos o codiciosos, sino buscando la inversión de caudales destinados a las magnificencias del Arte.

De todos los periódicos de entonces, el de más intensa vibración fué *El Semanario Patriótico*, obra de Quintana; tuvo sus alientos, su generosidad, ardores de caudillo y sutilezas de propagandista, que a un tiempo reñía y exhortaba, era predicador y soldado. No fué su tarea de pura idealidad, sino de exaltación, y se sumaron a ella convencimientos nutri-

dos con razones y quimeras hostigadas por la sed de gloria. *El Semanario Patriótico*, siguiendo el curso de los sucesos, vivió en Madrid bajo el cuidado de Quintana y Álvarez Guerra, hasta que en Marzo de 1809 le obligaron a refugiarse en Sevilla, asistido por Lista y Blanco. Desde la ciudad del Betis pasó a Cádiz con Antillón y Tapia, mostrando en todas partes afanes certeros de proselitismo. *El Conciso* obtuvo también acogida vehemente, como *El Robespierre Español*, *El Redactor General*, *El Tribuno Español*, *El Telégrafo Americano*, *El Duende de los Cafés*, y mil publicaciones gaditanas que, junto a las madrileñas y las de Sevilla, formaron hueste acaparadora del movimiento reformador.

No estaban ociosos sus opositores, pues ciertas entidades tienen la virtud de servir con análogo ahínco a quien las ensalza, que a quien las escarnece. Dando cara a los periódicos de tinte avanzado, figuraron para contradecirles *El Procurador General de la Nación y del Rey*, *El Centinela de la Patria*, *El Censor General*, y otros, ocurriendo que en las polémicas suscitadas entre los dos bandos, pocas veces se olvidaron las razones para acudir a los denuestos.

Fundábanse periódicos sin otros medios que los puramente personales, y así hubo tantos, tan variados y efímeros. No eran esperanza de negocio, porque aún los más celebrados apenas se vendían; pero les incitaba la conquista de la opinión, estímulo el más fuerte de la tierra, pues turba el sosiego de los hombres, cualesquiera que sea su calidad, y les encamina por el desfiladero de las ambiciones.

El periodismo político español, que naciera en 1808, quedó vencido en 1814. Las imprentas no alimentaron entonces la voracidad pública con resmas de papel impreso y se produjo un silencio siniestro, apenas interrumpido por recelos y medrosidades. Desde la excitación continua, pasamos a la pasividad absoluta y no hubo alborotadores, porque todos se hicieron hipócritas.

La flor de nuestros literatos pudo guarecerse en el extranjero, robusteciendo su educación ciudadana, para emplearla, en llegando la ocasión del retorno victorioso. Ocurrido éste, volvimos a los acontecimientos pasados, y en 1820 los periódicos rompieron a hablar de nuevo, resucitando muchos de los suprimidos, que con los flamantes, lanzáronse a la tarea de enardecer a las muchedumbres. En esta nueva etapa del periodismo, se vió desde luego el aumento de su influjo, y además, que eran mayores el ímpetu de sus notas y la virulencia de sus ataques.

En los años revueltos de 1820 a 1823, nadie quiso someterse a la conveniencia común, desatándose con furia los particularismos. La Prensa

desordenada, nerviosa, estridente, tuvo aciertos aislados; vivían en ella entendimientos esclarecidos, caracteres nobles, pero sin la ligazón de un interés supremo. Cuando leemos las listas de quienes redactaron aquellos periódicos, nos descubrimos muchas veces con respeto ante la evocación de nombres que iluminaron la tribuna, la Historia, la poesía, dejando con el paso de sus vidas rastros inmortales.

Pero aquella obra suya no correspondió ni al momento, ni a la calidad de sus realizadores. Fue un motín de letras de imprenta, lanzadas al combate por la indignación, la ira y las ofuscaciones; el plomo destinado a exhortar y esclarecer, tuvo empleo agresivo, y las planas compuestas muchas veces con fervor artístico y propósitos nobles, solían quedar borradas por el tumulto. Aún no cuajaba el periodismo efectivo, amplio, consistente, recio; aún parecía instrumento de disputa, olvidando con el acaloramiento, que estaba dispuesto para el estudio de grandes problemas. Se impusieron al noble examen, la resolución fogosa; al juicio severo, el parecer desordenado, predominando el grito sobre el consejo, el apóstrofe sobre la opinión, los ataques sobre las razones.

Después retrocedimos de nuevo tornando a la quietud forzosa, y los periódicos volvieron a callar, obedientes a la imposición que les sometía; sólo hablaban algunos como en testimonio de la grave dolencia por los demás padecida; hubo silencio, no el de la paz, lleno de esperanzas, sino el despótico que empuja a los desquites; bendito el uno, porque habla de reposo reparador y anima para las fecundas labores del mañana; maldito el otro, pues en vez de aplacar, excierba y extravía las inquietudes espirituales.



Con la Reina Cristina, vinieron desde Nápoles las templanzas, y a la vez que el reinado de Fernando VII, acabaron por aquel momento las pesadumbres públicas. La mayor fuerza de tal transformación estuvo en los periódicos, que aliviados de sus viejas manías, en vez de agentes de contiendas menudas, quisieron serlo de opiniones sólidas. Las diversas ideas políticas, los distintos propósitos sociales convirtieron a los diarios en banderas, en ejércitos a las redacciones, y asomó la Prensa con caracteres de tal, aleccionada por las enseñanzas del destierro y dirigida por ansias de renovación.

Hasta entonces se formaron los periódicos en la casa, para tentar fortuna en la calle; a partir de aquel momento, se formarían en la calle para llevar criterio a la casa. Las palpitaciones mundanas iban a metamorfosearse en ideas, sus actos en fuerza, los sucesos que las agitaran en expresivas actitudes, adquiriendo las hojas volanderas con la organización, vitalidad para un nuevo poder, no vinculado en instituciones definidas, sino disuelto en la substancia de todas. Aparecía el periodismo con atisbos propios y el intento de ser voz de los callados, gesto de los inexpresivos, protesta de cuantos hasta entonces, ofreciendo sus espaldas al rebenque, sometíanse a la fatalidad.

*El Semanario Pintoresco Español*, describió en 1839 un periódico de la época, encomiando el servicio que prestaba a los lectores. «Los unos le piden noticias de la guerra, otros de los Tribunales, Bellas Artes y Literatura; cuáles de comercio, ciencias y teatros; cuáles de robos, incendios, asesinatos y otros accidentes, y el activo periódico, que de todo se ha informado en su obsequio, responde a todas sus muchas y diversas preguntas. Ya están, pues, gracias a su diligencia, al corriente de lo político, literario e industrial del día, y en estado de satisfacer la curiosidad de los que les dirijan la indispensable pregunta de ¿qué hay de nuevo? Ya están surtidos de materia de conversación para todo el día y formada su opinión para poder lucir después, en la calle de la Montera o en el Prado, en la tertulia o en el café.»

Aunque esencialmente tengan semejanza, han variado sus salas de redacción. Aquella de antaño reproducida por el articulista de 1837, se nos aparece modesta, como lo fueron cuantas existían casi hasta el final del siglo XIX. «No tiene a su alrededor —dijo *El Semanario*— ninguna guarda ni fuerza ostensible. Uno o dos mozos están en una especie de antesala de sencilla apariencia, pues los periódicos más acreditados, nada

exigen del lujo moderno. Luego está la sala, cuyo mueble principal es una gran mesa con tapete verde, más o menos emborronado de tinta. Penden de las paredes algunos mapas. Sobre algunos estantes se ven cartones rotulados y unos cuantos libros, que, desde luego, se adivina que son diccionarios, anuncios, colecciones de periódicos y otras obras de estudio y de gabinete.»

Así eran, así fueron, las redacciones, cuando desde ellas se imprimía dirección al régimen, interviniendo en sus acuerdos y poderes, desde el soberano, fijo, hasta el cambiado por su aparente voluntad. No requerían ostentaciones; su fuerza estaba en el vigor de las inteligencias, en la perspicacia, en el tino con que se utilizaran. Algunos periódicos de entonces acudieron a progresos tipográficos, para sustituir a los rutinarios procedimientos en uso. *El Español*, que fundara Borrego, en esto como en otras muchas cosas, fué propulsor extraordinario de la Prensa. Pero la importancia no estaba en el aparato exterior, las máquinas, los elementos materiales, sino en los redactores. Cualquiera periódico de aquella fecha, estuvo definido en un grupo de hombres; lo que alcanzaran sus luces, sus arrestos, constituía la fortuna del diario. Si en los de entonces todo lo podía el alma ¿qué importaban ruindades del cuerpo? El papel y la impresión medianos, cuando no malos, y los recursos editoriales deficientes, pobríssimos, suplíanse con la pericia de los escritores. Aunque la letra matase, el espíritu vivificaba.

Había en las redacciones la cohesión indefinible, pero segura que, como en ninguna otra empresa, une al que trabaja con el lugar donde consume su esfuerzo; en las galeras del periodismo todos los remeros sentían amor por el duro banco. No estaba el toque en los sueldos —basta-ntes veces no los hubo—, sino en las retribuciones morales. El crédito, la fama, el triunfo, repartíanse, guardando las proporciones entre quienes les conquistaban, desde el Director hasta el menos visible de los gacetilleros, considerándose todos con derecho a las ganancias. Verdad que se reparten mejor y más de prisa las espirituales que las de metálico, pero verdad también que las cuentas en dinero se saldan con una cantidad, y las otras, como tocan al alma, difícilmente finiquitan, salvo quiebra por desventura o por ingratitud.

Queda dicho que las redacciones a que me refiero sentíanse ligadas por vínculos fraternales que durante mucho tiempo fueron núcleo de la vida pública española. No eran numerosas, porque tampoco lo eran las materias que habían de tratar. «Cuatro o cinco laboriosos escritores», puso en su artículo el del *Semanario Pintoresco*. Más había en periódicos

importantes, pero sin exceso, y por supuesto, sin dejarse llamar oficinistas. ¿Quién fundadamente quiso que una redacción fuera oficina en el sentido burocrático de la palabra? Los periodistas trabajaban en mesa común, interrumpiendo alternativamente la tarea con manifestaciones espontáneas o solicitadas, rápidas unas veces, otras largas y hasta provocadoras de controversias. Antes de saltar al papel las noticias o los informes, surgían de improviso las interrogaciones entre los entregados al trabajo, y como si cada pluma estuviese relacionada con las próximas y de ellas dependiese, deteníase de vez en cuando para seguir el paso uniforme de todas. La tarea así verificada, no podía confundirse con la del solitario examinador de un expediente, para resolverle conforme a prácticas consuetudinarias, en medio de absoluto silencio, impuesto, sin duda, con el fin de que el ruido no espantase a las fórmulas habituales.

Los directores de periódicos eran comúnmente hombres públicos, ganosos de que su banderín prosperara. A su lado ejercitábanse los especializados en diversos asuntos, recogiendo unos los extranjeros, vistos en diarios de sus respectivos países, porque aún no se contaba con los informes telegráficos; otros, los de la política interior, materia ardua en aquellos tiempos, siempre acosados por la incertidumbre; aquél de las provincias, cuanto pudiera interesar en la Corte, y éste, después de escucharlos en la Audiencia, los lances con que se desenvolvían las vistas de procesos. El taquígrafo acoplaba las notas de las sesiones parlamentarias, y como instante solemne de cada número aparecía el artículo de fondo, imprescindible, aunque no le sugirieran los asuntos del día, ni fuesen políticas las preocupaciones del momento. La primera columna de la primera plana había de cubrirse con renglones, faltos a veces, muchas veces, del calor que sólo pone la realidad en el entendimiento, con prosa llena de ampulósidades, demasiado rotunda, excesivamente sonora.

La Prensa apenas se enteraba de los sucesos de la calle; los que hoy ocupan planas enteras, satisfacíanse entonces con cinco líneas, sobrándoles espacio; para las diversiones eran también sobrias las referencias; la crítica de teatros concluía con un par de párrafos en cada estreno, y sólo al repicar gordo poníase una columna a la disposición de un drama; los comediantes ayunaban de elogios, sin que ni ellos ni nadie advirtiese, como en los tiempos posteriores, que en ciencias y artes, en lo trascendental y en lo ligero, abundaran tanto las famas, sin duda porque entonces los genios no eran todavía legión.

El periodismo empezó a reinar de veras en aquella época; iba a todas partes por su pie con impacencias juveniles, pero sin caídas peli-

46      grosas; emprendiendo la etapa más arriesgada, no la de más positivos resultados, y pudo jactarse de contribuir al apogeo de España.

En el espacio de 1833 a 1840, la Prensa española resume toda su intelectualidad; figuran en ella los poetas Espronceda y Zorrilla; los dramaturgos Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega; brilla en tan solemnes instantes el inmortal *Fígaro*, cerca de él aparece Mesonero Romanos; los secunda Estébanez Calderón; invaden entonces las redacciones con estruendo político, Alcalá Galiano, el Marqués de Molins, Ríos Rosas, Pacheco, Joaquín M. López, Bravo Murillo, González Bravo, Borrego, y muchos más, no tan resonantes, pero con influjo positivo en el pensamiento nacional, que buscaron los resplandores de la publicidad para resarcirse de negruras impuestas por un régimen vituperable.



Desde 1840 a 1868, siguen las convulsiones de nuestra Historia, y el periodismo español cunde y penetra en las entrañas de la Sociedad, estremeciéndolas con afanes fecundos. Los mayores esfuerzos de la Prensa de entonces son políticos, pero no únicos. Apenas hay inquietud espiritual, apenas si hay Ciencia, Arte, profesión u oficio que no reclamen su apoyo; se ve requerida por aspiraciones contradictorias, intereses opuestos, anhelos en pugna, y todos la llaman con imperio, deseosos de que sean sus ayes los más pronto escuchados y sus necesidades las que se remedien con más prisa.

Hombres de distintas opiniones convierten a los periódicos en piedras fundamentales de sus partidos, y los crean para ganar correligionarios, no dinero; manteniéndolos por fe, no por lucro. Van a ellos, en montón, convencimientos y extravíos, ideas e impulsos, razones e iras; pero sin los taimados propósitos de la codicia y sin las maniobras del dolo. A veces pasan por sus hojas, como vendavales, unos días la injusticia, otros la exasperación, frecuentemente el yerro; pero jamás las traiciones que buscan dádiva, ni la doblez que exige tributo.

Los tiempos no eran de cálculo, de astucia, de añagazas; al revés, por ellos establecieron: el ímpetu, actitudes; la improvisación, sentencias, y criterio los prejuicios. Pendían los periódicos de los trastornos políticos, siendo sus constantes prisioneros. Lo permitido en una hora se ahogaba en la siguiente; sin amortiguarse los clamores triunfales por un jefe victorioso, percibíase el anuncio de su caída, y en el flujo y reflujo de los cambios ministeriales, los papeles públicos flotaban unas veces y se sumergían otras, azotados siempre por la arbitrariedad.

A pesar de lo cual, con eclipses, trastornos y violencias, tuvo entonces la Prensa extraordinario poder. Se saltaba de sus redacciones a las jefaturas de Gobiernos; con sus elementos nutríase cuanto en España era considerable. Los ministros de la víspera apoderábanse de las cuartillas abandonadas por los del día siguiente, suspendiendo la tarea de redactar decretos, para escribir artículos, acercándose a todos, caídos o en exaltación, jóvenes ambiciosos de gloria literaria. El poeta inédito, el dramaturgo sin fama, el novelista desconocido, sólo llamando a las puertas de los periódicos lograban que se les escuchase. Antes, o al mismo tiempo de oír leer los versos célebres, los dramas aplaudidos, las novelas interesantes, los libros buenos, adquirían sus autores renombre, en las cláusulas ceremoniosas de los editoriales, en los párrafos sugestivos de las crónicas,

en las intencionadas alusiones de los sueltos, en las agudezas de la gaceti-lla. El periodismo fué escalera por la cual se ascendía, desde el anónimo, al aplauso, a la fama, sin que el elevado casi nunca advirtiese, ni agradeciera, el origen de su encumbramiento.

Hubo excelentes diarios, ahora arrinconados por el olvido, pero que proporcionan, si se exhuman, verdadero deleite. De la prosa muerta, voló la pasión, su alma; pero los restos aún despiden la fragancia del talento. En ellos resplandecen el ingenio, el donaire, noble desenvoltura, sin dejar espacio libre ni a la perfidia, ni al engaño, ni a la grosería.

Los principales periódicos no fueron verdura de las eras; aún subsisten algunos, certificando la bondad de su naturaleza. Enumerarlos todos no es fácil; hay en la lista tantos títulos sugestivos, que aun reduciéndola a mínimos términos, se pueden cometer, evocándola, olvidos deplorables. Citaré, sin embargo, algunos nombres: *El Espectador*, representa ocho años de luchas porfiadas, en las que resalta Miguel Agustín Príncipe; *El Pabellón Español*, estuvo dirigido por D. Pedro Mata, médico, político, orador de altos vuelos; *La Cruz*, por quien antes que cardenal fué periodista, el insigne Monescillo; *El Herald*, fundado por el Conde de San Luis, gozó casi tres lustros de publicidad, magnífica para su época; *El Sol*, con Ríos Rosas, secundado entre otros, por Pastor Díaz y el poeta Tassara, tuvo el apoyo material del Duque de Riánsares; en *El Faro* resaltaron Mon y Pidal; fué *La Esperanza*, tribuna de La Hoz, al mismo tiempo casi que alzabase *La España*, dirigida por D. Pedro Egaña con el concurso de escritores tan justamente famosos como D. Francisco Navarro Villoslada y D. Ceferino Suárez Bravo.

En 1849, surge *La Época* y de su historia nada hay que referir, porque continúa pujante para honor de quienes la iniciaron; brillan en ella Coello y Escobar, con Navarrete, Madrazo, Antonio Flores, Alarcón, Maldonado Macanaz, Amós Escalante, Castro y Serrano, Navarro Rodrigo y Pérez de Guzmán, con quien aún contamos, y por muchos años sea, para testimonio de lo que pudo su generación resuelta e iluminada.

Las hojas autógrafas de Santa Ana aparecieron por entonces, transformándose luego en *La Correspondencia de España*, que imprime a nuestra Prensa sello característico y aliento extraordinario; *Las Novedades*, durante veinte años, recluta a hombres eminentes, congregados por Ángel Fernández de los Ríos, prestigio, no sólo de la inteligencia, sino de la bondad y del tesón. Fueron con él plumas como las de Montemar, Picatoste, Barbieri, maestro del pentagrama y de la prosa, Pío Gullón y Pérez Galdós,

que antes de partir a las tierras recorridas por su genio presentó en los periódicos gloriosas credenciales.

En *La Europa* anduvieron juntos Martínez Villergas y Roberto Robert; en *El Diario Español*, Rancés, los López Roberts, Bugallal y Lorenzana, articulista capaz de amargar con sus trabajos las dulzuras de Gobiernos despóticos. Después de mostrarse en *El Tribuno*, Cristino Martos, fundóse *La Iberia* por Calvo Asensio, teniendo como secundadores, a Sagasta, Ruíz de Aguilera, Carlos Rubio y Núñez de Arce, hablando sólo de algunos que corresponden a los primeros tiempos, emulados con brillantez en los sucesivos.

En aquél asoman asimismo, *La Soberanía Nacional*, dirigida por Sixto Cámara; *La Voz del Pueblo*, de Roque Barcia; *La Discusión*, de Rivero, con el apoyo de Pi y Margall, Emilio Castelar, fundador después de *La Democracia*; Eusebio Blasco, Manuel del Palacio, Estanislao Figueras, Nemesio Fernández Cuesta y Marcos Zapata.

*El Estado*, tuvo por título un periódico que dirigieron Campoamor y Severo Catalina, trabajando en él como redactores Carlos Frontaura y Narciso Serra. Por *El Reino*, diario liberal, pasó D. Francisco Giner de los Ríos y en *El Pensamiento Español*, estuvieron D. Gabino Tejado con Ortí y Lara y Valentín Gómez. En *La Verdad*, luce su entendimiento Federico Balart y en *El Contemporáneo*, gobernado por Albareda, ingenios tan esclarecidos como los de D. Juan Valera y Gustavo Adolfo Bécquer; tan sagaces, como el de Correa, y políticos del fuste de Fabié y Ferreras. Allá hacía el 1867, Eduardo Gasset y Artime fundó *El Imparcial*, asistido por periodistas que se llamaron José Echegaray, Fernández Flores, Araus y Castro Blanc, y en las postrimerías del revuelto período, D. Cándido Nocedal crea *La Constancia*, donde escribieron, entre otros, su hijo Ramón y Selgas.

En la enumeración de aquellos periódicos faltan bastantes nombres; recuerdo los de Lafuente y Ayala, que en el *Fray Gerundio* y *El Padre Cobos*, demostraron sus aptitudes sobresalientes, dominando igual los empeños trascendentales que los frívolos; también faltan los de quienes como Salmerón, Cánovas, Pereda y otros de parecido linaje, enaltecían el foro, la tribuna, el Arte, abriendo surcos en la Historia, para dejar en ellos alarde perenne de su grandeza.

Y todo sin que los recursos pecuniarios secundasen el esfuerzo del espíritu. Se tiraban los periódicos en máquinas planas sencillas, movidas a mano, lo cual quiere decir que apenas trascendían. Cualquiera de ahora cunde más que los de antaño, pero la fuerza sugestiva de los pasados, fué

infinitamente mayor que la de los actuales. Los lectores eran creyentes a macha martillo, devorando las páginas del papel de su gusto, para apropiarse con devoción pensamientos e inclinaciones, sintiéndose según el carácter del trabajo puesto ante sus ojos, reflexivos unas veces; otras, iracundos; cuándo, transigentes; cuándo, irreductibles, siempre decididos a intervenir, porque en tal fecha nadie paseaba por la tierra contemplándola frío, desdeñoso, sin rendirse a otros estímulos que los del beneficio personal inmediato y las ambiciones egoístas. El escritor llenaba hojas, persuadido de que iban a leerse renglón por renglón y para esquivar recelos, no sólo era cauto, sino además diestro, con el fin de que la habilidad, más aguda cuanto más hostigada, burlase las represiones, cuanto más injustas, más ciegas.

Un diario era para su favorecedor amigo y consejero, representando cada número una voluntad adscrita a un grupo, con resolución y firmeza. Metíanse en el alma las ideas y los sentimientos de los periodistas, y sus frases empujaban a veces a los combates, no metafóricos, sino reales, donde silban las balas y se entregan la sangre y la vida.

Sintiéndose estrechamente ligados a su periódico, los lectores le auxiliaban con lo que fuese necesario: dinero, apoyo, sacrificio, pagando así generosamente el favor de las opiniones recibidas, en cambio espiritual que parece quimérico y hasta digno de lástima, ahora, cuando no suele haber generosidades espontáneas, ni esfuerzos sin razón, ni alarde que no piense en su correspondiente ventaja, ni rasgo que no busque recompensa.

En provecho de los demás y con noble renunciamiento de si mismo, reñían los fuertes y los débiles, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, quienes deseaban avances o retrocesos, poniendo la mirada en la altura, convencidos de que los ideales son la única fuerza enaltecedora del mundo y que quien ni los busca ni siente su necesidad, anda más cerca de la bestia que del ser humano.

En aquella época de 1840 a 1868, se encauzaron las corrientes dispersas de nuestra vida, multiplicándose su poder, fructuosamente difundido. El pensamiento, antes tímido, avanzó, resuelto; las conciencias se desentumecieron, tendiendo las ideas el vuelo, con ansias de espacio y de luz. Fue toda obra casi exclusiva de las hojas volanderas, donde a la vez que exaltaciones políticas, recogieron las gentes señales de la transformación de un pueblo que, por la magia del trabajo, arrancábase los harapos sustituyéndoles con limpias vestiduras.

Hasta entonces no había logrado el periodismo verdadera prosperidad; se extendió por toda España y apenas hubo población, digna de tal nombre, que no le acogiese satisfecha; menudearon, no sólo las publicaciones diarias, sino las semanales de toda índole; revistas científicas y frívolas; de asuntos técnicos y de puro entretenimiento. Abundó lo satírico, porque las burlas, suelen ser más escuchadas que las razones; pero con bromas o con veras, al acrecentarse la vida, tuvo la imprenta el orgullo de su obra, mediante la cual, trocáronse los caracteres de plomo en agentes misteriosos que iban despertando en el alma nacional ansias por saber y dulces transportes de sentimentalismo.



Culminaron tales afanes al hundirse el trono de Doña Isabel II y fué tan formidable la detonación, que aún conserva repercusiones débiles, pero capaces de traducir, por los ecos, su primitiva intensidad. Los periódicos, sin ligaduras, sin estorbos, moviéronse a su antojo, centuplicando en el nuevo ambiente su brío, y hubo periodistas de todas clases, con larga historia e improvisados, sesudos, que llevaban en los rostros señal de los vejámenes pretéritos y juveniles, dispuestos a impedir que se reprodujeran.

Abrió de nuevo su cátedra la exaltación, sin que se cerraran las del pensar tranquilo; multiplicáronse las hojas entusiastas, devoradas por el fuego que encendían, y los diarios extremosos, en los cuales se reunieron «el sueño idílico, el dicterio y la diatriba». Lanzóse la Prensa al postrero de sus alardes románticos, el de más estruendo, reuniendo, desengañosos o ilusos, a los españoles más ilustres de su tiempo, en el choque renovador que junta a varias generaciones, para que las antiguas entreguen a las recién llegadas cuantos elementos aprovechables arrastraron, y las recientes abandonen el peso muerto de sus furias.

Hubo orgía de palabras, y en el Parlamento, en la Academia, en la Cátedra, en las reuniones públicas, alzáronse tribunas con sus correspondientes ecos periodísticos. Quien pudo y quien no pudo exteriorizó su parecer, y así como al lado de los discursos dichos entonces por los más grandes oradores de España, percibióse el balbuceo de audaces sin expresión; junto a párrafos compuestos por quienes honraban a nuestra lengua, descifráronse líneas torpes con apariencias de prosa.

Una vez más —la última— se convirtieron las arengas en artículos, los apóstrofes en gacetillas, mezclando con ello misiones diferentes. Aún vivía la Prensa en pleno proselitismo, menos cuidadosa de interpretar las diversas aspiraciones del pueblo, sus juicios, deseos y necesidades, que las ansias de los partidos políticos. Todos estuvieron representados en aquella ocasión con voces agrias, o melosas, persuasivas o de imperio, amenazadoras o insinuantes, uniéndose el afán demoledor de quienes en el amanecer de la existencia sólo piensan en derribar, y el de cuantos, en plena tarde, quieren construir deprisa lo arrasado, para no encontrarse entre sombras, cuando sólo haya ruinas.

Como el litigio fué universal y nos comunicamos completamente con el mundo, el influjo de la Prensa española se hizo mayor. Antes de 1868, sus progresos eran notorios, pero los entorpecían las circunstancias;

después, sin trabas, se engrandecieron, y a la antigua falange de gobernantes conocidos, luchadores célebres, literatos famosos, uniéronse las que salían de las Universidades o del tumulto, sin títulos previos, sin obligaciones anticipadas, sin antecedentes, sin haber hipotecado la voluntad, sangre que recién lanzada por el corazón, aún no había respirado la ponzoña del ambiente. Entonces, con el refuerzo, se plantearon las cuestiones más arduas, los problemas de mayor trascendencia, los asuntos más complicados, y hubo que ensanchar el cauce del periodismo para que en él cupiese todo el caudal formado, no sólo por las aguas claras de los manantiales, sino por las revueltas del turbión y las cenagosas de la avenida.

Se asomaron a la Prensa cuantos tenían hambre y sed de notoriedad, ganas de desperezarse mentalmente; pero a la vez y por fortuna aparecieron también los entendimientos hasta entonces coartados y los primerizos que iniciaban el vuelo. El hombre de ciencia quería que se le escuchara; el literato que se le oyese; el trivial, que sus fruslerías distrajeran; el impetuoso, que sus arrebatos impresionaran, hablando todos a un tiempo, pero sin algarabía, cada cual a los suyos y conforme a su inclinación. Se empezó a notar que el periódico era chico y los apuros de antaño parecían incomprensibles. En 1840 le costaba trabajo al director de un diario reunir original bastante para cada número, y el de 1870 carecía de espacio para que se insertasen las cuartillas entregadas. Se iba definiendo la condición de la Prensa, a medida que asomaban nuevas manifestaciones de su vitalidad. No tenía dos, veinte, mil extremos; eran innumerables; la expansión los multiplicaba, infundiéndoles vigor. El esqueje era enseguida planta, de súbito la planta se convertía en arbusto, que a su vez y como por ensalmo aparecía árbol firme. La tierra no había dado flores en mucho tiempo, y volcaba generosa y de pronto sobre sus vestiduras de follaje el vistoso adorno.

El periódico no podía reducirse al modesto rincón antes tolerado; advertido de su importancia, exigía que se reconociera, aunque no se anotasen sus aspiraciones; era otro género el de sus inquietudes. Quería independencia, medios para desenvolver su fuerza e imponerla, no en menesteres localizados, sino en la amplitud correspondiente a su calidad.

Transcurridos los años en que aún predominaron apasionamientos exclusivistas, el periodismo, en parte, no por completo, se puso reflexivo, queriendo desentrañar su genuino carácter, descubrir su íntima condición. ¿Era un fin, o un medio? ¿Arma de lucha, o elemento social? ¿Servía para todos, o solamente para quien le manejase?

Llegaba la hora de que los periódicos no fuesen carteles donde varios hombres estamparan programas definidores de sus miras, sino hojas en que el vivir cotidiano imprimiese sus vicisitudes; sin tener nota exclusiva, tema absorbente, asunto predilecto, desfilaría por sus planas la existencia entera; patética, risueña, triste, alegre, abrumadora o trivial, como la dan los hechos, que, eternamente volubles, lo mismo pintan efigies alentadoras y atractivas, que ceñudas y siniestras.

No se hizo, no podía hacerse la mutación instantánea, como en los escenarios, donde los telones se corren en momentos y con un soplo se transforman en ciudades las campiñas; pero el cambio se verificó y tuvo su origen en el espectáculo contemplado al retirarse la marea revolucionaria. El periodismo continuaría propagando criterios políticos, defendiendo adeptos, pero con el superior propósito de que sus páginas recogiesen en conjunto las vibraciones sociales para que los lectores las apreciaran.

No se había creado como arma que amedrenta, sino como recurso propulsor generalizado; no iba en busca de amigos para protegerles, ni de adversarios para perseguirles; dirigíase a las muchedumbres en nombre del interés público, que no se detiene en las lindes de la curiosidad; las traspasa, como si quisiera ennoblecer sus oficios, quitándoles cuanto significa entrometimiento, dándoles el afán solidario que les corresponde.

Se exteriorizó la opinión pública, formada con el parecer que precede y sigue al juicio autorizado; las creencias, dispersas, que anticipan, refrendan o contradicen resoluciones de quienes, con derecho, las formulan; el rumor que sin hallarse en palabras escritas, se extiende; la insinuación que en unos trances acusa y en otros ampara; advertencias de las multitudes, sabias sin estar iluminadas por la sabiduría; detalles sueltos, pormenores vagos, algo difuso, antes sumido en corrientes subterráneas y desde la transformación de los periódicos, deslizado a cielo abierto, para que todos siguiesen y estudiaran su curso.

En pie la opinión auténtica, tuvo por medianero al periodismo para fundir en su pensamiento los de cuantos le iluminaran y en su palabra las que percibiese, y así, convertido en colaborador del estudioso, compañero del que investiga, amigo del que corre por el mundo, y sin propósitos de suplantarle la voluntad, sujeto a su misión, la definía en tres verbos: ver, oír y contar.



Al cambiar la cara del mundo, se transformó el periódico; era sombrío, tristón, pesado, grave, y se puso risueño, alegre, sobresaltado, inquieto. Mirando la primera plana de cualquiera de nuestros diarios, se colige su fecha. En los antiguos, dos, tres primeras columnas de prosa cerrada; después, tal cual suelto largo, y en el resto, muy pocas secciones. Ahora, abundancia de títulos; la claridad asomándose entre las líneas, como para animarlas; muchos temas, presentados sin orden; lo substancioso, junto a lo insignificante; al lado de lo trivial, lo solemne, conforme al mandato del día, enemigo de clases, pues lo mismo prodiga el espacio a sucesos y personas del arroyo, que alude concisamente a quienes alardean de linaje y suposición.

Formábanse antes por principal impulso de quienes los escribían, sin escuchar las voces del mundo; eran fruto de sus deseos, de sus ansias, engendrándose en conciliábulo íntimo, con propósitos deliberados, no con referencias prolijas de cuanto sucediese. El suceso espontáneo apenas trascendía, llenándolo todo el provocado, la vida exterior acababa pronto, no así la interna, y siendo muchas veces delito la publicidad, ¿para qué averiguar nada?; corrieran las murmuraciones y embustes, pero solapadamente, en la quietud corrosiva, que ensalza al reservado, aunque llegue a hipócrita, y al cauto, así dé en cobarde. Los diarios se ciñeron al papel que entonces se les impuso; recelos, incertidumbres, pocas innovaciones, muchas salvedades y ninguna independencia. Eran armas cortas, que «sin escándalo del aire» producen efecto, pero con menor alcance que las de fuego; obra, en suma, encogida, soslayada; esfuerzo chico en espacio breve; sin impulso que, mirando al horizonte, sólo piensa en detenerse cuando paralice sus alas el cansancio.

Transformaron al periodismo el empuje de los acontecimientos y las instigaciones de la realidad, no para constituir una clase directora de las otras, sino centro donde juntas coincidiesen cuantas persiguen el bien público. Era relator, no tirano, imponiendo leyes sin ser juez, poderes sin ejercer ninguno, cifrándose en cuantas exclamaciones resonaran; del docto como del experimentado; del dolorido igual que del satisfecho, del que enseña y de quien corrige, para entregarlas al ansia popular, convertidas en esperanzas, alientos, y regocijos, o en desilusiones, desmayos y pesadumbres.

Iba perdiendo poco a poco su carácter, trocándose de reconcentrado en universal, consiguiendo al intensificar las sonoridades del ambiente, al

esparcir sus luces, que las protestas no se perdieran en el desdén, ni con la impunidad de las sombras tuviesen incremento las ruindades. No hubo, gracias a su esfuerzo, ni queja huérfana de cuidados, ni necesidad entregada al abandono, y se propalaron infinitos nombres, del inteligente, para guiar; del resuelto, para decidir; del poderoso, para imponer, y de cuantos resaltasen con cualquier motivo de la masa, con ánimo de que los clasificara la penetración pública.

Empezó a considerar la rapidez como uno de sus principales recursos y fórmula profesional insuperable la de «antes que nadie y mejor que ninguno»; no le movieron puros caprichos; sabía cuáles son los resultados de la prontitud. Por ella se han salvado infinitos intereses, han conseguido el triunfo empresas memorables y a diario se imponen el diligente sobre el calmoso y el activo sobre el lerdo. La prisa es una fuerza, y mostrada en los periódicos tiene sobre la eficacia al ejercerla, los efectos de la ejemplaridad. La prontitud refléjase en la vida, que debe consumirse al mismo compás con que se nos entrega, sin que ello redunde en menoscabo del resultado. Quien trabaja con apresuramiento tiene el ánimo apercebido para la celeridad; los descuidos, los errores, penetran más fácilmente en las almas habituadas a la placidez, que en las estremecidas por el desasosiego.

Se buscaban las hojas públicas, no sólo para satisfacción de convicciones o de apasionamientos, sino para vivir de veras, destruyendo las que parecían imposibilidades naturales. Desde cualquier lugar se percibieron las sensaciones del mundo, estableciéndose competencia noble y útil para la Prensa. Sobresaldría la mejor informada, la que tuviese más comunicaciones, la más abundante en datos del propio país, de los lejanos, dentro del continente, de los situados en las otras orillas de los mares.

La noticia rompió la cárcel donde la tuvieron aprisionada murmuraciones y cominerías, haciéndose trascendental: orden, aviso, indicación; para muchos de positivo provecho, para otros simple deleite. Fué desde entonces base del periódico, su cimiento; sobre él se construiría cuanto el arte sugiriese a sus cultivadores; crónicas primorosas, artículos profundos, relaciones animadas del Parlamento, de las Sociedades, investigaciones, comentarios, alardes del ingenio, enseñanzas; pero el impulso decisivo, modificador de su estructura, lo que le arrancó de la niñez, de la juventud, para conducirlo a la virilidad, fué la «información», desde los modestos renglones que comunican un hecho sencillo, hasta la referencia detallada de un suceso que anda en todas las lenguas y revuelve todos los espíritus; desde el relato sucinto de un pormenor, hasta la historia de cualquiera de

los acontecimientos que han sacudido y sacuden a la humanidad, para su castigo, o para su gloria.

En la noticia está todo: lo sublime y lo baladí, lo importante y lo minúsculo; pasan por ella el nacer y la muerte, las ostentaciones y miserias; quienes sufren, lloran, se retuercen desesperados y se desmayan afligidos, y cuantos se muestran radiantes, gozosos, desafiadores. Germen de unos trabajos, esencia de otros, nada representa hasta que el ingenio le infunde soplo alentador, entonces, no sólo satisface la curiosidad, además sugiere, excita, esclarece, por lo cual nadie gradúe su importancia, considerando el espacio que ocupa, ni tenga en poco a quien la proporcione, pues el arte de narrar bien, no sólo es el supremo del periodista, sino el de muchas otras modalidades literarias.

El periódico, cuando llega a la mayoría, prescrita la tutoría que antes le tuvo sujeto, cuando obtiene independencia y nombre propio, sabe que con la nueva posición crecieron sus necesidades. No puede vivir de cualquier modo. El rincón de antaño, la sala humilde con mesa en el centro servía para redacción en otras épocas; la actual exige instalaciones amplias y apropiadas, dependencias numerosas, salones, talleres, máquinas. Las de componer perturbaron la fisonomía de la Imprenta; a las antiguas en que los cajistas *levantaban letra* intercalando comentarios provocados por la lectura de cualquier cuartilla, sustituyeron las modernas, con aparatos movidos por hombres o mujeres, que se abstraen de la composición, formada a los sonos monótonos de las teclas.

El ir enterándose del trabajo de los redactores, saborear sus frases y hasta discutirlos, concluyó para siempre. Ahora la tarea del periodista empieza en una máquina, la de escribir, yendo luego a otra, la que compone; desde ambas pasa a la que moldea la forma, concluyendo en la marcha triunfante de la *rotativa*, que tras vueltas vertiginosas de treinta, de cuarenta mil ejemplares por hora, entrega los que el público aguarda, hasta contados, para ganar minutos, en testimonio de que el periodismo nunca deja de mirar al reloj, como si quisiera, acelerándole, presentarse anticipadamente al público.

El complejo funcionamiento de la Prensa, cada vez más costoso, necesita el apoyo capitalista, pero su fortaleza no estriba en los recursos proporcionados por el dinero, y así como la máquina exalta el poder intelectual, también le encumbran otros medios auxiliares, que las complicaciones del andamiaje, el arte empleado al erigirle, no aminoran, al revés, contribuyen a que sea mayor el mérito de la obra construida. Los adelantos del periodismo en todos los órdenes, nacen de su espirituali-

dad, la agudizan. Poco a poco perdió el trato con los apasionamientos, en bien de su prestigio. Antes derribaba ministerios; ahora los escucha, los examina y los entrega al juicio de las gentes. Ni el poder del influjo, ni el contante y sonante, le dan la energía y claridad que necesita. Hoy, como ayer y como mañana, que en tales asuntos las circunstancias no se alteran, tiene la fuerza invencible de la expresión; a medida que escribe mejor, que cuenta con mayor caudal de ideas, posee medios más seguros para imponerse. Más dueño de sí mismo, más estudioso, más especializado, sin masedumbres que anulan el propio pensamiento, sin soberbias que incitan a resolverlo todo, sin obcecarse hasta el punto de creer que un gacetero lleva dentro de sí un soberano en miniatura, responde por completa al tiempo en que vive.

En la transformación iniciada en los finales del siglo XIX, en la cumplida al empezar el XX, la literatura periodística supo elevarse, extender el vuelo. El artículo grave, pomposo, definidor, quedó sustituido por la nota expresiva y breve que no anega con palabras, sino que punza con advertencias e indicaciones. El suelto se impuso a la disertación, el párrafo conciso al mazorril y las planas de los periódicos dejaron de ser cielos plomizos, amenazadores, convirtiéndose en vistosos espacios, donde, mezclados, saltan el hecho y el comentario, el informe y las reclamaciones, frases solemnes y rasgos frívolos, lo que hace pensar y lo que simplemente agrada, parpadeos del gozo y miradas fijas de la reflexión.

Antes se admitía el periódico, ahora se necesita; pasó de útil a indispensable; por sus hojas circulan todas las impresiones, instruyendo sin enseñanzas; sin predicación influye; tiene la variedad de lo espontáneo, el ímpetu de lo trascendental; adelanta, resumidas, las consideraciones del libro; es aviso de la ciencia, que no se desdeña en ofrecerle sus primicias; la poesía le brinda a menudo flores; el industrialismo le pide apoyo y propaganda; las vanidades solicitan su concurso, ofrece llanto para las desgracias, eco para los honores; conversa con reyes y súbditos; las masas le buscan, los personajes le solicitan, y de arriba a abajo, de lo más encoquetado a lo más ruin, todos participan de sus vibraciones.

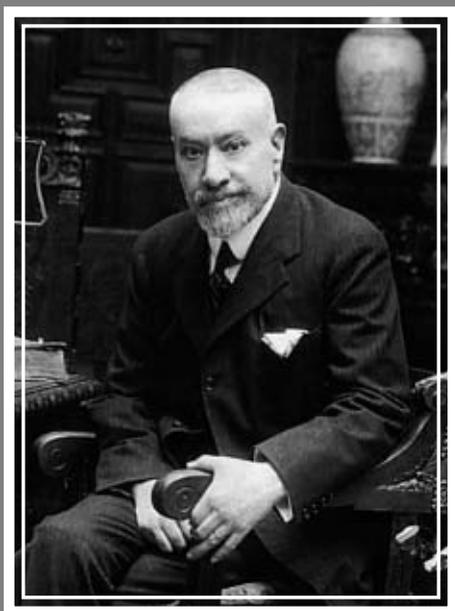
Cuando se ensoberbece, ¿es suya la culpa? Cuando engreído yerra, ¿de quién las responsabilidades? Si refleja los vicios y las virtudes, las prendas nobles y las bastardas de cuanto bulle a su alrededor, ¿por qué atribuirle exclusivamente intenciones que entre todos se deben repartir? ¿No es más justo, tratándose del efecto que un espejo produce, modificar la imagen? Si en él se contempla el mundo, si en él se recrea en ocasiones

gratas, ¿porqué al llegar las desagradables achaca a malquerencia lo que engendró la reflexión de la verdad?

¡Vivir sin periódicos! ¿Pero eso es posible? ¡Si hasta cuando están mutilados, silenciosos en períodos anormales, calman con sólo su presencia la ansiedad pública, sin satisfacer sus fines! No representan una clase para coacción, dominio, soborno, fascinaciones, lo que se suponga, de las otras. En las columnas de los periódicos modernos está congregado el conjunto de los elementos sociales; están todos los pueblos, todas las creencias, todos los intereses, todas las inquietudes, reunidos bajo mote expresivo: civilización. No le agitan ansias inconfesables de dudosa estirpe, sino muy precisas y elevadas. Para crearle, para mantenerlas, se requiere el concurso de una muchedumbre, en la cual se consientan las disposiciones felices y las modestas, sobresalientes y vulgares. ¿Dónde son todas magníficas, dónde poseen atributos de excepción; en qué profesiones se recluían sólo aptitudes excepcionales; en cuál no suele también aparecer la veta azul, que altera un momento la blancura del mármol? El periodismo español, emancipado, sin propósitos directivos, dejando los primeros papeles y hasta el entremés, cumple su misión que no es la de ordenar la vida, sino iluminarla, sin sentir remordimientos, pues de la propia suerte que no son grandezas tuyas las que pregona, tampoco pueden ser sus culpas cuantas delata. Si le preguntan con quién viene, puede asegurar que con muchos escritores, entre los cuales están quienes desertan de la obligación cotidiana, para concurrir a otros festejos literarios, y al revés, quienes interrumpen sus festejos para rendir tributo a la Prensa. Si lo que aguarda, dirá que la satisfacción de sus deberes, ni uno más de los correspondientes, ni uno menos de los necesarios. Si le interrogan acerca de su deseo, sostendrá que busca mayores grandezas, hasta igualar a cuantos de su condición hoy admira, y con ellos seguir progresivamente el camino de las maravillas humanas. Si, en suma, a quién prefiere, de fijo contesta que a ninguno de los de su grey, pues si unos resaltan por esclarecidos, otros por humildes deben ser exaltados, y ¿quién define en las cuentas postreras, dónde debe establecerse mayor premio?

Merecerán siempre alguno quienes siguen el paso de las multitudes recogiendo sus manifestaciones; antes tenían cronistas los monarcas, hoy los disfrutaban las sociedades enteras; antes referíanse las magnificencias o las cuitas de los próceres; hoy se registran los goces y los tormentos de cuantos habitan la tierra. La obstinada labor no se interrumpe, día por día, hora por hora, minuto por minuto; caen en el vaso de la atención general, que jamás rebosa, acuerdos, medidas, actitudes, luchas, cuanto constituye

60 el afán de cada uno y el de la generalidad, y al expirar la jornada, sus narradores, recordando palabras de Rodrigo de Cabrera, dicen: «Lo que sucedió después de esto, se queda imprimiendo, que es cosa digna de se saber.»





# **P**rólogo de José Francos Rodríguez al libro de Manuel Graña González\*

## **Pensando en los periódicos**

MI ESTIMADO AMIGO y compañero en los afanes periodísticos, D. Manuel Graña, dedica al público el presente libro, sin duda interesante, digno de aplauso. Trata de la *Escuela de Periodismo*, y quiere que yo escriba unas cuartillas preliminares, por supuesto sin hablar de prólogos ni presentaciones pomposas, sólo con el fin de que la Asociación de la Prensa de Madrid, puerto donde se refugian afanes nobles, propósitos firmes, desligados de cuanto signifique preponderancia ruidosa, suscriba estas líneas que corroboran cómo el autor es un colega distinguido, bien enterado e inteligentísimo. Cumpló gustosamente tal deber, y hasta me permito algunas observaciones, no atribuyéndome autoridad ninguna, sino aprovechando la ocasión para expresar cuánta fe siento por la entidad representativa de las hojas diarias y volanderas que se llaman periódicos. Llevo cerca de cincuenta años rindiéndoles devoción, y, por lo menos, habrá de reconocerse la perseverancia empleada por mí en el culto que proclamo. No sólo constituye lo fundamental de mi vida, sino también el fervor no interrumpido capaz de absorber mis actividades, en ocasiones limitadas por achaques físicos, pero siempre esclarecidas por el entusiasmo.

En los años que llevo de conocer de cerca, íntimamente, al periodismo de nuestra patria, no hubo ocasión de apreciar cómo las pasiones desenfrenadas o los apetitos insanos suplantaron su verdadero carácter. La Prensa española tuvo arrebatos pasajeros, pero jamás se dio el

---

\* *La escuela de periodismo. Programas y métodos*, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.), Madrid, 1930.

triste caso de inferir agravios al patriotismo, desoyendo reclamaciones trascendentales para el interés público. ¿Qué periodistas, siéndolo de veras, no disfrazados de tales, convirtieron las cuartillas en medio facilitador de concupiscencias? ¿Cuál atendió a su negocio? Somos algunos los que, habiendo tenido la fortuna de sentir caricias de la llamada suerte, no olvidamos por ello las obligaciones periodísticas. Yo, y permitidme este rasgo de inmodestia, sin solicitarlo nunca, obtuve, por gracia, sin duda, altos puestos: fui dos veces ministro, alcalde de Madrid otras dos, gobernador de Barcelona, director general, diputado a Cortes en veinte elecciones generales; pero conservé preferentemente en la mano las hojas donde transmitía a periódicos de América o de España mis modestos juicios. Los altos cargos, las victorias de cierto género pasan; pero lo esencial para mí, o los que se encuentran en mi caso, es el periodismo. La afición que despiertan, el estímulo que producen, el entusiasmo que ocasionan, las contrariedades que causan, las heridas que proporcionan, irán siempre en nuestra compañía. Si hay quien califica de oficio el que ejercemos, está bien; pero advertamos que nos gusta más apellidarle vocación, pues, efectivamente, ella nos alienta y mantiene con indestructible perseverancia.

El Sr. Graña habla de Escuela de Periodismo, y, confieso mi falta, a mi parecer, no tiene aún el ambiente propicio para establecerse. El periodismo, en España por lo menos, no se aprende. Cada cual cultiva su espíritu, se somete a las disciplinas mentales de su preferencia; pero las tareas periodísticas se ejercen al sentir íntimo impulso capaz de arrastrar a la interrogación constante de cuantos bullen en el mundo reflejando el espectáculo incesante de la vida. ¿Clases especiales para redactar diarios? Acaso convienen; pero el periodista examina el tráfago, la inquietud perpetua de la existencia, y, por su cuenta, conforme a su carácter, con arreglo a su manera de pensar, vuelca en el papel cuanto le dictaron las propias impresiones.

Crear escuelas de periodistas para dar títulos y ejercer una carrera, una más, y promover acaso escalafones y ascensos, sería impropio, aunque se necesita organizar bien cuantos elementos crean el periódico. Es indispensable pertrecharse con lecturas previas, estudios detenidos, observaciones múltiples de cuanto es necesario, para que cada cual lleve al periódico su impresión. Zola dijo que al escribir una novela se reproducía la Naturaleza al través del temperamento de cada cual. Las hojas diarias reflejan el mundo al través de la Prensa, eso sí, con suficiencia, carácter y condiciones precisas y también con libertad, indispensable

para cumplir tal misión. Los periodistas encerrados en jaulas no pueden desempeñar bien su cometido; necesitan la amplitud de la atmósfera, tender en ella el vuelo, no revolverse y chocar a cada momento con los alambres que le aprisionan.

En España ha evolucionado extraordinariamente la Prensa. Sus periódicos no temen actualmente comparaciones; algunos de condición especial, con carácter propio, pueden presentarse ante cualesquiera como ejemplares; las materias múltiples de que tratan, los temas diversos que plantean constituyen una positiva, indestructible fuerza. Por lo mismo, desean expansión merecida. Que no establezca el miedo sus correspondientes cotos. Ahora anda el mundo dueño de su personalidad para su mejor desenvolvimiento. La Prensa española, a pesar de los pesares, sirvió siempre a la patria con oportuna y debida esplendidez; ha contribuido mucho a los impulsos nacionales; ha demostrado, en suma, sobreponerse a nerviosidades, en el fondo patológicas, mas siempre sirviendo noblemente a la justicia y atendiendo a la razón.

Al comenzar el pasado siglo empezó a desarrollarse en España, teniendo íntimo contacto con la política; pero después se desenvolvió ampliamente; el chico se hizo mozo, se acrecentaron sus facultades nativas, multiplicándose del mismo modo sus tendencias y deseos, perdiendo el contacto estrecho con los partidos. Se operó luego la mutación, hoy completa y admirable, y el periódico, espejo fidelísimo del mundo, copia sus transformaciones y ya no es arma especial ni refleja concretamente un sector de inquietudes; habla de todos, para todo, con todos, por supuesto, sin casarse efectivamente con nadie. Se especializa; no cree en la omnisciencia; atiende a cada cual según lo que sabe y como lo sabe; oye las voces doctas y enteras y no se pone las prendas que le dieron hechas, sino que elige las conformes con su obligación.

El movimiento advertido en España por lo que se refiere a la Prensa es general, hondísimo; representa modificaciones trascendentales. Basta examinar ligeramente cómo se agrupan nuestros periodistas, conocer sus aspiraciones, apreciar sus tendencias y deducir sin el menor esfuerzo que representan una fuerza social de propia y positiva pujanza. Perdió los caracteres que la distinguían hace veinte años, y muéstrase ahora como corresponde a las exigencias del mundo actual. Sin alardes inútiles ni bambollas perniciosas; atenta únicamente a su misión indispensable, ardua y generalmente poco halagüeña.

Al concepto moderno de la Prensa se aplica la española por cuantos medios pueden enaltecerla. Hace treinta años el número de nuestros

diarios importantes era reducido; hoy se cuentan muchos, admirablemente escritos, variados y tratando de diferentes temas. Puede asegurarse que forman conjunto como el formado por los pueblos más cultos. En España la Prensa se ha engrandecido esplendorosamente y no necesita el concurso de la lisonja para lucir cualidades que brillan con sólo ser apreciadas por la justicia. En el año 1929 podían verla de cerca cuantos países, en varios continentes, rinden culto al progreso; por servirle están siempre propicias las mil hojas inspiradas por tendencias distintas, pero unidas fundamentalmente. Conocemos la responsabilidad que nos cupo en suerte y procuramos, pensando en ella, atender cuanto nos dice.

Y, como prueba, puede aducirse el libro de D. Manuel Graña, en el cual se examinan detenidamente las más importantes cuestiones relacionadas con la profesión periodística: programas y métodos, plan de asignaturas, un cabal estudio de cuanto importa a los que constituyan escuelas de periodistas. Se inicia procedimiento formal con el fin de establecer la clase de escritores dispuestos a redactar periódicos, es decir, de quienes tengan condiciones características para el ejercicio de tal profesión. Se quiere reclutar a quienes no se sientan inclinados exclusivamente a cualesquiera afición, idea, partido, tendencia, interés o propósito, considerando que se busca a quienes escriban con independencia, soltura, libertad luminosa y los ideales precisos para formar al reportero.

Las condiciones indispensables en él son: perspicacia para observar cuantos medios le cercan; tener extrema sensibilidad con el fin de recoger minuciosamente aquello que le rodea; rapidez, dispuesta a recibir y ordenar las impresiones que le llegan; conocimiento previo de los hombres con quienes ha de tratar y comunicarse, y ejercer pleno dominio del arte de inquirir, explorar y conocer a los hombres, adivinando sus intenciones, adelantándose en cuanto es posible a los sucesos y recogiendo prontamente su desenlace. Tales cualidades han de sobresalir en el reportero, y la noticia se ha de mirar como cimiento del arte de construir periódicos. Saber contar cuanto sucede en el mundo resume la suprema cualidad del verdadero periodista. Quienes por práctica, en fuerza de años, sabemos leer los periódicos, decimos o pensamos, si no conviniese siempre exteriorizar nuestra opinión, alabando exageradamente a los que nos parecen diestros redactores de las hojas diarias, donde, con premura, sin pérdida de momento, al minuto, ha de copiarse cuanto sucede, ligando con exactitud y gallardía la verdad, sin olvidarse, antes bien, conviniendo que cuanto mayor

sea la galanura y corrección del estilo, mayor será el efecto causado por la obra que trace.

Cuando se habla de piezas literarias, novelas, comedias, ensayos, artículos, para los cuales tienen los autores tiempo suficiente, con el fin de meditar, corregir, limar, no caben comparaciones con los trabajos periodísticos. Han de inspirarse los noticieros en los acontecimientos, describiéndolos, con exactitud, precisión y, a la vez, teniendo muy presente la necesidad de aprisionar al lector, ventura sólo conseguida cuando se tienen dotes especiales con las que el lector se siente sujeto y se entrega, dando la victoria, con su aplauso, al reportero.

¡Y todavía se discute a quién corresponde el primer lugar en la distribución de papeles necesarios al funcionar la Prensa! Siendo diferentes y todos importantísimos, quien, sin duda, resalta es el de conseguir triunfos no recogidos generalmente por nadie. Una masa anónima o escasamente difundida realiza labores mediante las cuales se labran reputaciones, se crean nombradías y se constituyen beneficiosas empresas. En ese montón anónimo está la clave de cuantos triunfos, servicios y victorias logran los papeles públicos donde se escribe diariamente la historia del mundo. Los comentarios, deducciones y enseñanzas vienen después. La primera impresión obtenida de la realidad es la que reflejan los periódicos. Sus trabajos son rápidos, improvisados, expuestos al contemplar las agitaciones sociales, serena, imparcialmente, pues si se mezclan las pasiones en tales menesteres, perderá eficacia cuanto aleguen y defiendan. No es cosa de proclamar como superiores las tareas cumplidas por los periodistas, pero aduzcamos un hecho exponiendo su mérito. Ellos, quienes redactan los periódicos, trabajan con apremios inflexibles, muchas veces contrarios al reposo indispensable para las tareas literarias. Novelas, comedias, ensayos, cuentos, artículos firmados, se producen con parsimonia y nacen cuando quiere su autor. El periodista está sometido continuamente al fallo general emitido cuando aun está fresca la tinta de las líneas que juzga.

En efecto, la historia periodística brota impensadamente; narra al por menor cuantos acontecimientos despiertan la curiosidad pública; describe escenas, pinta retratos, descubre interioridades, refleja emociones, examina caracteres, por lo cual se requiere en los encargados de tal misión vigor del entendimiento, ingenio fácil, pluma diestra, capacidad varia, firmeza del corazón y, en ocasiones, audacia noblemente ejercida, pues la Prensa debe mirar a todo serenamente, decir siempre la verdad, registrar cuantas acciones practique el mundo,

deduciendo lo que signifiquen, interpretándolo, extrayendo las enseñanzas obtenidas de lo visto.

Don Manuel Graña expone un plan para formar periodistas; lo razona y justifica cumplidamente. Considerándome del antiguo régimen, me permito invocar las excelencias de aquellos emborronadores de cuartillas que se llamaron Ortega Munilla, Mellado, Burell, Vicenti, Moya, Suárez de Figueroa, Luca de Tena y tantos otros dedicados a dirigir periódicos, donde acreditaron su maestría abriendo escuelas para enseñar a muchos, desaparecidos y bastantes con vida afortunadamente, dispuestos a ganarse el pan cotidiano en diarios públicos.

Invoco estos recuerdos al propósito definido y practicado por el Sr. Graña, cuyas enseñanzas deben apoyarse examinando lo instituido en otros países, que dan ejemplo elocuente y provechoso. Me permito, además, creer que las escuelas propuestas habrán de ser distintas a las universidades y dedicadas a cuantos empiezan por vocación a estudiar la carrera del periodismo. Los formados empíricamente no están en condiciones de aprender el oficio. Los laboratorios para instruir a quienes deseen consagrarse al periodismo tendrán espacio para cumplir su cometido. Hace cuarenta años el núcleo para formar periódicos descansa en la política, que hoy sólo representa un sector. Las columnas de los diarios se nutren con muchos y variados temas; la noticia, el arte de adquirirla, exponerla, difundirla, requieren aptitudes especiales definidas. Cuando yo era joven, la solemnidad de los artículos de fondo se imponía. ¡Aquellos editoriales sonoros, retumbantes, que ocupaban las primeras columnas de todos los diarios, pasaron para no volver! Repetiremos la expresión gastadísima de que los periódicos son espejos de la vida y, por lo mismo, reproducen constantemente sus múltiples distintos aspectos. ¿Cuál de ellos tiene mayor importancia, merece más interés? Nadie puede con razón decidirlo. Crecieron extraordinariamente los lectores y, siguiendo su gusto, se atiende a cuantos informes necesitan para conocer lo sucedido en el mundo. La característica del periodismo actual es servir al público con redactores especializados. En otros tiempos las redacciones se nutrían con escritores fácilmente transportables a distintos terrenos, según lo exigían las materias tratadas. Hoy las hojas volanderas aumentaron de tamaño, de intensidad, se multiplican. No sermonean, concretándose a contar cuanto sucede en la vida; referir bien resume, según dije hace poco, la mejor condición del periodista. Se puede considerar excelente a quien sabe antes que nadie, con todos los pormenores, usando buen estilo y produciendo emoción, cualquier

suceso. Por eso está muy puesto en razón arbitrar medios para formar una carrera periodística. El periódico es imprescindible en la existencia ciudadana, y conviene organizar elementos para atender a tal necesidad. Antes la vocación nos empujaba a quienes sentíamos afán de gaceteros. Ahora, constituido un núcleo de obreros de la pluma, se los debe cuidar en diferentes órdenes, facilitándoles recursos intelectuales especialísimos para cumplir su misión, cada día más trascendental e interesante.







**“[...] la Academia de la Lengua ha elegido sin contrincante alguno a José Francos Rodríguez, actual presidente de la Asociación de la Prensa, ex ministro de Instrucción Pública y de Gracia y Justicia, senador vitalicio, autor de numerosas obras literarias y orador de fogosa y rica inspiración.**

**Francos Rodríguez es una figura esencialmente popular en la literatura y en la política de nuestro tiempo. Ha alcanzado los más altos puestos en ambas disciplinas del pensamiento y de la acción. Ha sabido llevar a cuantos cargos ocupara la viva simpatía personal que le caracteriza y los amplios conocimientos que posee. Ha estado siempre al lado de cuantas manifestaciones culturales, coetáneas suyas, señalaban el renacimiento estético y científico de la época presente.**

**Francos Rodríguez es un caso ejemplar de autodidactismo. No ha ocultado nunca la humildad de su origen, por cómo ello daba al esplendor legítimo de su reputación una mayor solidez cualitativa.**

**Al ingresar en el periodismo y en la literatura no era el advenedizo indocumentado, sino el hombre de carrera seguida y terminada a costa de infinitos sacrificios, tenacidad entusiasta y talento nada vulgar.**

**Ha simultaneado la política en la que sus condiciones de estadista y de orador le proporcionaron grandes triunfos con el ejercicio de la literatura en las diversas facetas de la novela, el teatro, la crónica y la crítica periodísticas.”**

Fragmento del reportaje publicado por la revista *La Esfera* con motivo del ingreso de J. Francos Rodríguez en la Academia de la Lengua el 26 de enero de 1925